

EL SIGLO MÉDICO.

(BOLETIN DE MEDICINA Y GACETA MEDICA.)

PERIÓDICO DE MEDICINA, CIRUGÍA Y FARMACIA,

CONSAGRADO A LOS INTERESES MORALES, CIENTÍFICOS Y PROFESIONALES DE LAS CLASES MÉDICAS.

MODO DE PUBLICACION Y OFICINAS DEL PERIÓDICO.

Se publica EL SIGLO MÉDICO todos los domingos, formando cada año un tomo de más de 850 páginas y doble número de columnas con la portada é índice correspondientes.
El precio de la suscripción es 12 reales el trimestre en Madrid, 15 en las provincias, 80 al año en el extranjero y Ultramar y 100 en Filipinas. Puede la suscripción hacerse en la REDACCION, calle de la Concepción Gerónima, núm. 14, principal; en casa de los comisionados de las provincias, y preferentemente por medio de libranza.

RESUMEN.

SECCION DE MADRID.—LA SANIDAD MARITIMA EN EL DIA.—Primera leccion de higiene pública y epidemiología; por el Dr. D. PEDRO F. MONLAU.—LITERATURA MEDICA.—La homeopatía juzgada en el terreno de la teoría y de la práctica, puesta al alcance de todos; por D. BENITO CRESPO Y ESCORIAZA.—PRENSA MEDICA ESTRANJERA.—De las concreciones de tártaro, en la boca.—Efectos de la lesion del cuerpo restiforme.—Accion fisiológica del protóxido de ázoe; por TH. EVANS.—Investigaciones sobre el gánglio intercarotideo y las cápsulas suprarrenales; por el Dr. PFORTNER.—FORMULARIO.—PARTE OFICIAL.—Sanidad militar.—MONTE-PIO FACULTATIVO.—Secretaría general.—VARIEDADES.—Servicio farmacéutico del hospital de la Princesa.—Beneficencia pública.—CRONICA.—VACANTES.—ANUNCIOS.—FOLLETIN.

MADRID 8 DE AGOSTO DE 1869

LA SANIDAD MARITIMA EN EL DIA.

Nunca pudo ofrecerse nuestra sanidad, por lo ordenada y amplia, como ejemplo á las otras naciones; pero es lo cierto que jamás han llegado á tomar aquí el abandono y el desorden proporciones tan espantosas. Conociendo, como conocemos, que nuestra voz es menos escuchada que si la alzáramos en el desierto, tenemos que insistir no obstante en la defensa de los fueros sagrados de la humanidad y de las clases consagradas á su servicio. Tan vana como la nuestra es por desgracia, en este revuelto y desventurado pais, la de todos aquellos que con ánimo sereno pugnan en favor de las cosas verdaderamente útiles, hastiados ya, y afligido el ánimo, en vista de las luchas políticas infecundas ó ruinosas que se suceden; y no por eso abandonan la generosa y patriótica empresa que se propusieran. El delirio no ha de ser permanente, las razones se abrirán paso al cabo en medio de tan general perturbacion, y algo podrá alcanzarse, en su dia, provechoso para la humanidad y las profesiones que noblemente se emplean en su servicio.

Por de pronto nos ocurre hoy preguntar:

¿Qué pensamiento sanitario es el del gobierno? ¿Qué legislación de sanidad está vigente? ¿Sucede acaso que á toda ley ha reemplazado, y se mantiene predominante, un régimen discrecional y arbitrario, que cada dia se

modifica y revuelve conforme el capricho ó el pasajero interés de los que gobiernan?

Dejando para mejor ocasion el exámen de otros puntos, limitémonos hoy á uno de notoria importancia, y quizás de más que mediana urgencia: al régimen cuarentenario.

¿Qué cuarentenas son las establecidas y vigentes contra la fiebre amarilla y el cólera morbo? Tenémoslo hoy dia por punto menos que inaveriguable. La indiferencia con relacion á este asunto, el desprecio á la salud pública, y la preocupacion liberalesca que aun en materia de pestes y mortíferos azotes domina en las regiones oficiales, han acabado con todo formal pensamiento y con toda prudente regla. Y acontece esto en circunstancias muy críticas, al menos con relacion á la fiebre amarilla, y en ocasion que tal vez amenaza de cerca una guerra civil.

Por fortuna no ha penetrado en Europa una nueva corriente cólerica venida de la India, ni sabemos que nacion alguna de nuestro continente se halle afligida por enfermedad tan cruel; que á suceder lo contrario, hubiera sido la península ibérica una de las primeras regiones invadidas y más cruelmente asoladas. Mas pueden retornar por de pronto de América los restos de la invasion de 1865, vivos allí todavia, y juntamente con ellos es muy fácil que venga asimismo la pestilencia americana.

Veamos si la nacion se halla medianamente garantida, y si carece de fundamento todo temor de que á los males existentes—nada escasos por cierto—y á otros que parecen ineludibles, se agregue por último una nueva epidemia, no menos asoladora, si bien más rápida, que lo está siendo hace algunos meses la afeccion tifoidea que tan crecido número de médicos lleva sacrificados, y tantas victimas de todas clases arrastra como insensiblemente al sepulcro, sin que el gobierno haya hecho más para combatirla que adoptar unas cuantas disposiciones ininteligentes, vanas y aun ridiculas.

En cuanto á las naves que lleguen con patente sucia á nuestros puertos, parece que la legislación no ofrece duda; aunque ha tiempo bastante se va tornando en sistema que á toda ley se sobreponga *libérrima é imperiosamente*, la voluntad de los que mandan. Tanto la súcia de fiebre amarilla como la de cólera,

debe purgar una cuarentena rigurosa de 40 días cuando no hayan ocurrido accidentes en la travesía, y de 15 en caso contrario.

¿Se cumple acaso con fidelidad este precepto de la ley? Parécenos que son harto frecuentes las infracciones, y ahí están para acreditarlo, un hecho reciente que ha producido escándalo general, varios otros que le precedieron y siguieron, y sobre todo la última disposición del gobierno, que ha pasado desapercibida al través de otros sucesos que llaman grandemente la atención. De notoriedad pública es que en la isla de Cuba se están padeciendo ambos azotes, y nadie ignora que los vapores-correos han venido y siguen viniendo consignados á Santander, aunque sea súcia su patente, donde solo se les sujeta á tres días de observación, que pudiera llamarse con exactitud mayor de inútil espera, ó cuando mucho de fantasmagóricas fumigaciones.

¿Qué es esto? ¿Con tan poca aprensión se compromete la salud de este infeliz pueblo? ¿Qué hay aquí; indiferencia respecto á la salud pública, desprecio á las opiniones mejor acreditadas en todos los países relativamente á la calidad importable de tales pestilencias, ó crasísima ignorancia de cuanto á ese ramo de la administración concierne?

Si esto pasa con las embarcaciones de patente súcia, considérese lo que acontecerá con las de patente limpia que proceden de las Antillas y Seno Mejicano, de la Guayra y Costa firme, cuando los buques salen desde 4.º de Mayo al 30 de Setiembre; durante cuyo tiempo reina más ó menos la fiebre amarilla, hasta el punto de que en rigor debiera darse siempre patente súcia á las naves, si en las autoridades sanitarias de aquellos países hubiera cumplida veracidad, celo, formalidad, buena fé y saludable rigor.

Sabido es que la legislación vigente hasta el 9 de Diciembre último sujetaba todas las referidas proceden-

cias á una cuarentena de 7 días, así para las personas como para los buques; cuya cuarentena solamente se purgaba en los lazaretos súcios de Mahon y de Vigo. Pero la ley quedó torpe é imprudentemente modificada por un decreto, orden ó lo que sea, de la referida fecha, contra el cual han reclamado enérgica y repetidamente, aunque sin fruto, las corporaciones populares de los principales puertos del mediterráneo, de aquellos que más duramente han sido castigados por el contagio americano, con formes con nuestras propias opiniones que espusimos repetidamente.

Segun la referida orden de 9 de Diciembre, la espresada cuarentena desaparece. Los buques de hierro con transporte de pasajeros, correspondencia y géneros coloniales, que salgan de dichos puntos en el espresado período y lleguen sin accidente sospechoso á bordo, son admitidos desde luego á libre plática, desembarcando los pasajeros y manteniéndose la nave tres días en observación, ya sea en cualquier lazareto, ya en el paraje que se designe.

Esto es pura y simplemente la abolición de toda cuarentena.

Con posterioridad, en 21 de Mayo de este año, para calmar algún tanto la alarma producida en algunas poblaciones marítimas de nuestras costas meridionales, y tomando pretexto de las alteraciones que la salud pública habia sufrido en varios puntos de la América central, de Costa-Rica y Venezuela, se tuvo la peregrina ocurrencia de recordar á las Juntas de Sanidad marítima de todos los puertos las disposiciones contenidas en la ley vigente del ramo, «á fin de que, y sin perjuicio de lo determinado en la orden de 9 de Diciembre del año anterior, se cumpla con lo preceptuado en el capítulo 8.º de aquella ley.»

Ordénanse aquí dos cosas contradictorias, en lo concerniente á la cuarentena impuesta en el verano á las

FOLLETIN.

EL PORVENIR DE LOS MÉDICOS.

A continuar por el camino que vamos, y hay muchas dificultades para tomar otro, habremos de ver muy pronto establecida en España una república federal democrático-social.

Natural es, cuando se considera probable tan radical cambio, que se eche anticipadamente cada ciudadano á discurrir tocante la influencia que ejercer podrá en su persona y en su familia esa metamorfosis que se elabora, no sea que le sorprendan los sucesos cogiéndole desprevenido, y tambien para fomar concepto, ver lo que conviene é inclinarse al lado de lo más favorable; que al fin y al cabo en esto de socialismo bien cabe alguna mira individual, y más de cuatro no se acordarian de tales doctrinas si de botones adentro no fueran purísimos individualistas.

La casualidad hizo que caminando yo una de estas pasadas tardes, absorto en tan graves meditaciones, hacía el barrio de Salamanca, donde tenia un tifoideo á quien procuraba sacar á flote con la carne de Liebig y los baños frios, faltó poco para que diese conmigo en

tierra y me hiciera gigote el coche de un comprofesor y amigo, socialista á puño cerrado ó hasta la pared de enfrente como suele decirse. Habiéndome visto en aquel peligro, movido á la par de su amistad y de su humanitarismo, bajó del caruaje, me dió mil satisfacciones, murmuró contra los carruajes y los cocheros—como maldecía el famoso D. Hermeguncio del sabroso chocolate, por las fatigas y sudores que cuesta el cultivo del cacao, al paso se sorbía un buen cangilon,—pretendió llevarme en su vehículo hasta la casa de mi enfermo, y por negarme yo, bajo el pretexto de que prefería caminar á pié en calidad de paseo estando como estaba la tarde apacible y fresca, fué largo trecho en mi compañía, entablándose entre ambos el siguiente ó parecido diálogo.

—Voy á decirte, mi querido amigo en lo que iba meditando cuando me encuentre, por motivo de mi distracción, entre las ruedas de tu berlina. Me habia propuesto como punto de exámen, para no llevar la mente ociosa, indagar qué suerte cabrá á la medecina y á los médicos el día en que llegueis á establecer vuestra república federativa democrático-social, con todos los adminículos que gustéis exornarla. ¿Ganaremos en el cambio alguna cosa, ó perderemos al contrario muchísimo? Porque, la verdad, los médicos, no obstante las pretensiones de los cirujanos y la escasa voluntad de

procedencias de América: esto es, que *se cumpla* el artículo 32 de la ley de 28 de Noviembre de 1855, uno de los del cap. 8.º, y que *deje de cumplirse* al tenor de lo prevenido en la orden citada. ¿Puede darse embrollo mayor? ¿Cabe ignorancia más completa de lo que se trae entre manos, ó artificio más hábil para aparentar que se procura atender á la conservacion de la salud pública, cuando realmente se hace todo lo contrario?

Cabe en efecto todavía, y por eso en el segundo párrafo la citada disposicion de 24 de Mayo, se dice que «las Direcciones de Sanidad marítima *procuraran conciliar en lo posible* (¿cómo habian de procurar en lo imposible!) los sacrificios que exige la salud pública (¡valientes sacrificios por cierto!), con los intereses de la navegacion y del comercio; y poniendo toda su atencion en el exámen de los buques, de sus condiciones higiénicas, de sus puntos de partida y de escala, de sus dias de navegacion, de su estado y el de sus pasajeros, de las condiciones y naturaleza de la mercancia, aparte de lo que resulte de las patentes, podrán aplicar con distincion y acertado criterio la cuarentena de observacion ó la de rigor, en los casos y para los efectos y por los dias que proceda y convenga...»

Segun se vé, empieza esta orden encargando la observancia del capítulo 8.º de la ley de Sanidad; advierte luego que deje de observarse, al tenor de lo dispuesto en la orden de 9 de Diciembre, y remata diciendo en una palabra á los Directores de los puertos *que hagan aquello que bien les parezca*. ¡En definitiva, y como ley suprema, el capricho y la arbitrariedad! ¡Nos parece perfectamente!

Si el capitán de un buque ó el consignatario hallan medios de persuadir al Director del puerto donde arribe, que por sus condiciones, punto de partida, escala, dias de navegacion, etc., etc., no ofrece ningun peligro (y esto es mucho más fácil, sin duda alguna, que poner una

perseguir las intrusiones, llevábamos una veintena de años mejorando visiblemente. Algun disgusto nos causó, es cierto, y algun daño nos hizo, la creacion dos años atrás de los facultativos de segunda clase, y sobre todo la habilitacion de los cirujanos; pero muchísimo mayor nos le han hecho, y eso que todavía no hemos empezado á sentir su perniciosa influencia, las reformas del Sr. Ruiz Zorrilla... ¿Qué os proponéis hacer vosotros cuando llegue vuestro turno, que de seguro llegará sin tardar mucho, visto que los monárquicos, sobre no serlo todos *de veras*, se hallan divididos al menos en siete distintos partidos?

—Tranquilízate amigo, tranquilízate, repuso, y está segurísimo de que con la república democrático-social desaparecerán como por ensalmo todos los males de la patria. Donde hay libertad es imposible que haya otra cosa que ventura; porque hasta los excesos de la libertad se curan por la libertad misma, especie de *similia similibus* que en este caso tiene muy legítima aplicacion.

—Pues dígame, mi querido L. que es maravilloso lo que cuentas; pero tus palabras me han infundido sin embargo un gravísimo temor... ¿Alcanzareis tal vez á suprimir la enfermedad, dejándonos por ende sin oficio?

—No tanto mi buen R., no tanto, que tiene algun lí-

pica en Flandes), ¡adios ley de Sanidad, y adios órdenes más ó menos restrictivas sobre el asunto!

Esto no puede ser más inconveniente; esto es informal; esto es soberanamente arbitrario; esto deja la salud pública confiada al acaso, quizás al engaño, á las malas artes ó á la codicia de funcionarios subalternos; esto, ni cosa análoga, no se vé hoy dia en ningun pais culto.

De suerte que en rigor *no tenemos sistema de Sanidad marítima, ni legislacion de este ramo*. La Direccion suprema y las Direcciones de los puertos gozan de la más amplia libertad; que despues de todo no nos asustaria tanto si fuera al menos inteligente, si se antepusiera entre nosotros el bien público á toda otra consideracion, y si hubiera siempre el celo debido.

¿Resultará algun daño de tan completa anarquía sanitaria?

Al menos estamos corriendo grandísimo riesgo de que resulte.

Así han debido entenderlo las autoridades y Juntas provinciales de Sanidad de algunas poblaciones del litoral que se hallan de continuo gravemente amenazadas, entre otras la de Cádiz. ¿Qué garantía puede ofrecer la observacion de tres dias que sufren los vapores-correos en Santander? Ninguna ciertamente.

Por eso resisten su admision, principalmente en los puertos que se han visto más de una vez afligidos por el azote americano, y no pueden menos de quejarse en vista de los riesgos á que de continuo se les espone, contra su voluntad y sin permitirles la natural defensa.

Los que no atendiendo para nada á la salud pública anteponen siempre los intereses de la navegacion y del comercio—muy privilegiados ahora por el gobierno—emplean en apoyo de su deseo ciertas razones que hemos combatido un millon de veces, y que ellos no se cansan de repetir.

Dicen, para emplear sus propias palabras, lo siguen-

mite el prodigioso poder de nuestro sistema; pero desde luego te aseguro que nadie se quedará sin comer cuando se establezca, ni tampoco, al menos, sin un par de zapatos, un pantalon y una manta para arroparse... Si saliere el ensayo como apetecemos, quizá pudiera proveerse á todos de cómodas viviendas, proporcionarles una buena vida, y hasta carruaje y palco en el teatro... Aunque, la verdad, te confieso que me causa profundo disgusto llevar á dos ciudadanos, como los llevo yo por la pícara necesidad en que me encuentro, vestidos de librea, y...

—Mira, le contesté sin dejar que acabara, deseando sacarle de aquel embarazo: pues yo no tendria tales escrúpulos, ni me enterneceria por la suerte de los ciudadanos cochero y lacayo, con tal de que les pagara y tratase bien.

Abandonando el giro que iba tomado la conversacion dijo:

—En primer lugar nadie nos pondrá género alguno de limitacion ni de traba en el ejercicio de la profesion...

—¡Pues no faltaba más!... exclamé yo; pero eso tiene poca gracia, porque lo mismo ha sucedido hasta el presente.

—Ya, pero antes tenian los pueblos sus titulares, nombrados con sujecion á ciertas reglas, é interviniendo un tanto cuanto los gobernadores en el asunto, cosa verda-



te: «Es deplorable la condición de un país donde el gobierno se afana por armonizar las exigencias de la salud pública, con las que impone el comercio en sus relaciones internacionales, y tropieza á cada paso con el grito inconsciente de los contagionistas que piden lazaretos sùcios para los correos españoles, mientras los franceses procedentes también de las Antillas, son admitidos á libre plática en cuanto arriban á Saint-Nazaire.

»Con esta desigualdad no gana, en efecto, bajo el punto de vista de la prevision, la salud pública de España; pero pierde positivamente la empresa española de vapores-correos, cuyo pasaje natural se marcha todo por la línea de *Saint-Nazaire* y penetra en España, sin permiso de los contagionistas, para reirse de los cavilosos y de los que por miedo rutinario sacrifican los intereses del comercio á unas cuantas fumigaciones, que lo mismo pueden darse en Santander que en otro de los seis puertos establecidos por la ley de Sanidad.»

Prescindiendo de lo *original*, *razonable* y *cortés*, que sea el atreverse el representante de una empresa de vapores, á calificar de *inconsciente* (palabrilla pegadiza y de moda, que á toda cosa se adhiere), el grito de los contagionistas—es decir, el de los médicos que mejor conocen estos asuntos,—insistamos una vez más en explicar la diferencia que hay entre las precauciones que para preservarse tiene que adoptar un país tan castigado como el nuestro por las epidemias de fiebre amarilla, y las necesarias en aquellos otros donde nunca ocasionó parecidos estragos.

La experiencia tiene acreditado repetidas veces (en Brest, Marsella y S. Nazaire), que si es posible en Francia la importacion de la fiebre amarilla, y se ha verificado en más de una ocasion, también sucede, ya por la diferente latitud, ya por las condiciones climatológicas ó por lo que quiera, que se ha limitado constantemente á un

deramente insufrible, tiránica, así para los pueblos como para los médicos. En nuestra república los ayuntamientos gozarán de la autonomía más completa: si quieren tener quien asista gratuitamente al vecindario, libres serán de hacerlo, y sino quisieren, nadie ha de irles á forzar. ¡No faltaba otra cosa!

—Pero hombre, y si hay ayuntamientos que no puedan ó que no quieran tener facultativo, ¿quién asistirá entonces á sus vecinos pobres?

—¿Qué es eso de vecinos pobres? Nosotros suprimiremos la pobreza, como á la riqueza su antagonista: sere-mos todos lo mismo, y tendremos iguales derechos.

—Es que no comprendo cómo al suprimir la riqueza—y desde luego confieso que esta supresion me parece facilísima y cercana—dejaria de tropezarse con la pobreza; porque tengo notado que cuando falta aquella, se halla esta muy cercana, y cualquiera comprende que si al lado de los ricos puede haber pobres, y es muy natural que los haya, faltando los primeros serán pobres todos...

—Eso sucedia en el antiguo régimen, y sucede en el actual; en este que nosotros hemos de derribar para que no vuelva á levantarse en los siglo de los siglos. Además: ¿ha faltado en tiempo alguno quien preste auxilio á los enfermos? ¿No has leído en las obras de

corto número de individuos, no adquiriendo jamás las proporciones que en nuestras costas meridionales.

Faltando pues en aquellas la estremada susceptibilidad que algunas de las nuestras ofrecen, ¿fuera muy razonable que emplearan el propio rigor cuarentenario?

En nuestra misma península sucede que la costa cantábrica y la de Galicia ofrecen menores peligros que la del Mediterráneo, segun tiene demostrado la experiencia.

Y sin embargo en Francia, desde 1861 en que la *Anne-Marie* llevó la fiebre amarilla á Saint-Nazaire, se han aumentado mucho las precauciones con relacion á las procedencias de América; como lo acreditan el decreto ministerial de 40 de Junio de 1862, las instrucciones de 14 del mismo mes, y otras providencias posteriores. ¿Qué se hubiera hecho en ese país, si unas cuantas epidemias hubiesen llevado á la fosa cientos de miles de habitantes, y sobre todo si la experiencia de cerca de medio siglo hubiera acreditado la eficacia de ciertas medidas de preservacion?

El rigor, en los casos de patente sùcia, escude si-duda alguna en Francia al empleado en España, y si la limpia no está sujeta á la observacion, bien suple por la establecida antes en España el celo con que en aquel país desempeñan siempre sus deberes todos los funcionarios de una administracion más ordenada y vigilante que la nuestra. El buque que ofrezca algun peligro es bien cierto que no eludirá allí con tanta facilidad como entre nosotros las precauciones sanitarias.

En cuanto al hecho de venirse muy desembarazadamente á España los pasajeros que desembarcan en Saint-Nazaire, para reirse de los cavilosos y de los que por miedo sacrifican los intereses del comercio á unas cuantas fumigaciones, solamente argüiremos, en primer lugar que los hombres escuetos que dan esa vuelta y se vienen á España sanos y risueños, deben inspirar ciertamente poquísimos temores á la administracion, porque

historia de la medicina, y oido además de los elocuentes labios de nuestro catedrático el Sr. Usera, que en los remotos siglos se sacaban los enfermos á las calles, ó se conducian á las puertas de los templos, para que al verlos les recetase cada cual aquello que tuviera por más conveniente? ¡Mira qué medicina y qué beneficencia tan sencillas!

—¡Ya! Pero entonces no habia médicos, ó por mejor decir era médico todo el que queria.

—Ni más ni menos que sucederá cuando empollen bien las doctrinas que ahora tenemos en farfara... ¡La libertad ha de ser omnimoda, y para todos! Estudie cada cual lo que bien le parezca, ó no estudie cosa alguna, que en eso nadie tiene derecho para meterse; aprenda medicina ú otra ciencia, ó un arte, ó veinte ciencias ó artes, ó ninguno si lo prefiere, y ejerza cómo y dónde guste aquella profesion ú oficio que se le antoje. Lo contrario fuera tiránico, opresor, bárbaro, opuesto á la idea del progreso, obscurantista y sacristanesco.

—Hombre, no habia yo caido en la cuenta de que podia ser un progreso este de volvernos de un salto á los más remotos siglos; pero ya lo voy comprendiendo. ¿Pues sabes, chico, que segun veo nos vamos los médicos á morir de hambre, porque habrá millares que se dediquen al oficio?

ese rodeo y ese viaje constituyen una garantía sanitaria; y que convenimos en el escaso valor de las fumigaciones y demás aparato sanitario empleado actualmente.

El gobierno es mucho más tímido que lógico. O tiene el convencimiento de que las cuarentenas son inútiles ó no: si le tiene, es lo procedente su completa abolición, y debe apresurarse á decretarla; en caso contrario debe abandonarse el sistema cuarentenario *de pura farsa* que ha establecido, el cual de ningún resguardo sirve á la salud pública mientras que ocasiona á la navegación inútiles entorpecimientos y gastos.

Estamos por las precauciones cuarentenarias; pero suficientes y eficaces. No siéndolo, quedando reducidas á lo que son en el día, preferiríamos que de ellas se prescindiera por completo.

En el estado presente, ni se puede ni se debe seguir: ni se halla la salud pública suficientemente garantida, ni está el comercio marítimo tan libre de trabas como pudiera.

El sistema sanitario actual—si esto que hay se parece algo á un sistema—reune con funesto arte todos los inconvenientes de las medidas coercitivas, por necesidad vejatorias, sin proporcionar la menor ventaja.

Por lo demás, confesamos desde luego que armoniza perfectamente nuestra sanidad con el conjunto de la administración del país... ¡La sanidad marítima está, como todo!

Una advertencia final. No vaya á creerse que al combatir el actual abandono, estamos abogando por el mantenimiento de la ley de 1856 en su integridad. No era ni aun medianamente perfecta cuando se publicó, ni dejan de haber sufrido notables cambios desde entonces las opiniones científicas que sirven de base á los sistemas cuarentenarios.

Debe en el día aspirarse: primeramente á asegurar cuanto sea posible la conservación de la salud pública, y

—¿Para qué? ¿para morir de hambre también? Pero eso no sucederá en tierra de socialistas; que la sociedad cuidará de todos y ocurrirá al remedio de cuantos males se presenten.

—Pero ¿cómo ha de hacerse este milagro? Repuse yo precipitadamente. ¿Cómo se van á componer los pueblos para satisfacer todo género de necesidades?

—Mira, nosotros partimos de un gran principio que no puede fallar: es el gran principio de los derechos. Todo ciudadano tendrá derecho, entre otras muchísimas cosas, á socorros médicos gratuitos en caso de enfermedad.

—Y ¿por qué gratuitos, puesto que no ha de haber pobres?

—Nada más fácil de comprender. Supongamos que por sufragio universal acuerda un pueblo tener una ó más personas encargadas de asistir á los enfermos en sus dolencias, como puede acordar lo contrario; en tal caso, el pueblo, completamente emancipado de toda tutela, incluye en su presupuesto una cantidad para dotación de los facultativos, así como incluye lo necesario para el maestro, el guarda de las viñas, el alumbrado, etc...

—¿Es decir, que volveremos en tal caso á los partidos cerrados que con tan grande empeño sostuvo el

después de esto á aliviar la navegación y el comercio de trabas y gastos inútiles, conciliando al efecto, en conformidad á los conocimientos científicos, unos y otros intereses, hasta el punto que sean conciliables.

R. V.

PRIMERA LECCION

DE

HIGIENE PUBLICA Y EPIDEMIOLOGIA,

POR EL DOCTOR

Don Pedro F. Monlau.

(Continuacion.) (1)

Si no inoculables, *importables* y *transmisibles* de toda notoriedad son las endemias exóticas *tifo oriental*, *tifo americano*, y *cólera asiático*. La importación se verifica casi siempre por la vía de mar; y de ahí la necesidad de un *Régimen sanitario marítimo* en todas las naciones que poseen un litoral. Poco tendré que esforzarme para convencerlos de lo muy atendible que es ese régimen en un Estado, como el nuestro, peninsular y, por consiguiente, con una condición más de *receptividad* general para los contagios.

Las pestilencias incesantes de la Edad media obligaron á pensar en la policía sanitaria de las naves y de los puertos de mar: la primera *morbería* se creó en Mallorca (1471), y Venecia luego, Venecia, que en aquella época era el Estado más comercial del mundo conocido, adoptó sin vacilar el sistema cuarentenario, sacrificando sus más caros intereses, y salvando á Europa de no pocas invasiones de la peste de Oriente, heroísmo y filantropía que nadie le agradece hoy; generosidad y desprendimiento de que no son muy capaces los Estados modernos, algunos de los cuales andan todavía perplejos entre sí al cabo vale más la peste que la interrupción momentánea del comercio marítimo!

La verdad es, sin embargo, que las circunstancias de la época contemporánea dificultan enormemente el

(1) Véase el número 813.

antiguo Consejo de Castilla; el cual Consejo, y sea dicho de paso, se adelantó en esta cosa y en otras al socialismo del día? Pues amigo L, no me parecería mal del todo el pensamiento si esto fuese obligatorio; pero la libertad que habrán de gozar los pueblos de pasarse sin médico ni cosa que lo parezca cuando en gracia les venga, y la que ha de dejarse á todo diablo de meterse á médico, me infunden los más serios y fundados temores.

—¡Tu verás como todo se arregla perfectamente!... La libertad suele costar algo cara; pero, ¡es tan dulce!

—No te diré que deje de ser agradable, encantadora y dulcísima; pero esto se entiende cuando hay con que llenar el estómago, buena casa y buena cama; andando bien vestidos; llevando la petaca repleta de ricos venguesos como aquel que me distes el otro día; no faltando algunas monedas de oro en el bolsillo, y estendiéndose la provisión de todas estas cosas, salvo los habanos, para la ciudadana y los ciudadanillos... En esas circunstancias, y mejor teniendo coche, criados y alguna condecoración que lucir, como esa que cuelga del ojal de la levita de tu democrática persona, ya gritaría yo con el más loco entusiasmo, hasta desgañitarme, «¡viva la libertad!» Dime ahora, añadí, cómo y dónde habrían de aprender la medicina los que en vuestro sistema quisieren dedicarse al estudio de esa ciencia.

establecimiento de un régimen sanitario eficaz y cabal. En teoría, nada más seguro y sencillo que las concepciones abstractas de *incomunicación* ó aislamiento, *cuarentena*, *lazareto* y *espurgo*; pero, al querer realizarlas, nos sale al encuentro con su impaciencia el Comercio marítimo, cada día más activo, más rápido, más potente, menos resignado á sufrir trabas ni detenciones; —nos salen al encuentro los intereses de poderosas Compañías de navegación y de unas cinco mil naves mercantes y la suerte de más de 35.000 tripulantes (4.749,—4.614 de vela y 135 de vapor,—sin contar otras tantas embarcaciones menores, eran las primeras, y 35.508 los segundos, según la Estadística de 1864); —nos oponen frecuentemente su veto los casos de guerra; las carestías, las exigencias políticas y económicas de la buena administración colonial; —nos abruma los compromisos y conflictos internacionales con las demás potencias marítimas, no todas conformes en la doctrina del contagio y en el sistema de profilaxis marítima; —y nos desconsuela, en fin, el *contrabando sanitario*; calamidad casi indefectible, y capaz, por sí sola, de anular todos los efectos del mejor régimen cuarentenario.

No nos arredrarán tantos contratiempos, antes bien y á despecho de ellos, insistiremos enérgica y lealmente en las consecuencias prácticas de la verdad científica, estudiando todo lo relativo á *patentes de sanidad*, á las circunstancias y accidentes de la *travesía* de los buques, á la *visita* sanitaria de éstos, á la duración y cómputo racional de las *cuarentenas*, á la *higiene naval* de partida, de navegación y de arribo; al régimen de los *lazaretos*, á la *contumacia* de los efectos y mercancías, á los sistemas de *desinfección*, á los modos de *espurgo*, á los *guardas de salud* y á los *derechos sanitarios*, etc., etc. que todo esto, y mucho más, abarca la profilaxis sanitario-marítima.

Pero en medio de todo, y temiendo, como es de temer, por el porvenir de los sistemas de preservación vigentes y tradicionales, nos ocuparemos en la *profi-*

—En primer lugar, voy á responder dándote otro, á la alusioncilla del cigarro; después de lo cual te diré, que siendo nuestra divisa la *libertad absoluta*, no puede ser más sencilla la cosa.... Enseñará medicina todo el que quiera dedicarse á ese ramo de industria de la enseñanza; y la aprenderá, con quién y dónde tenga por conveniente, todo el que sea gustoso de dedicarse á ese estudio. ¡Esto ya está sucediendo en el día con aplauso de todo buen liberal! Sin embargo, cada municipio, cada departamento ó cada Estado fundará las escuelas que guste, de aquello que le parezca y en la extensión que estime oportuno. También podrán las sociedades establecer la enseñanza de esa ciencia, como de otra cualquiera, de artes, etc... Esto no ofrece la dificultad más pequeña: á medida que vayan conociéndose las necesidades de los pueblos, de las provincias, de los Estados ó de la Confederación en general, se irán satisfaciendo conforme el criterio de la libertad, que es para nosotros el único criterio.

—Muchas dificultades encuentro para que puedan realizarse y subsistir vuestros planes, y desde luego te digo que distan mucho de convencerme las razones que de tus labios acabo de oír. Esa libertad profesional exagerada á que aspirais—y no quiero ocuparme de las otras libertades absolutas—deberá ocasionar necesi-

laxis del porvenir. Esta profilaxis no puede consistir sino en la destrucción radical de los focos generadores de las pestilencias exóticas,—en perfeccionar la higiene de las naves mercantes,—y en higienizar nuestros puertos y poblaciones anexas, disminuyendo de esta suerte su receptividad para las dolencias importables, y luego difusibles, á manera de contagio ó epidemia.—Dos veces he tenido la honra de representar á España en las Conferencias sanitarias intercionales reunidas (en 1851-52 y en 1866) para llegar á un avenimiento y uniformidad de régimen cuarentenario, imposible entre las potencias marítimas (España y Portugal, Italia y Grecia) y las septentrionales (Inglaterra, etc.), y dos veces he iniciado con mis discursos é informes la adopción de esa profilaxis radical y decisiva, sobre todo respecto el cólera asiático. Lo mismo en París que en Constantinopla, reconocieron unánimes los Delegados la eficacia del sistema, pero este sigue en el estado de *desideratum* por virtud de consideraciones diplomáticas, políticas ó comerciales, que respeto, pero que no me hacen gran fuerza, porque no hay consideración que pueda prevalecer sobre la suprema de la salud pública, y de la salud no de un solo pueblo ó nación, sino de todo el mundo: *Salus populi suprema lex esto!* proclamó ya con convicción profunda la legislación de la antigua Roma.

Es sabido que el cólera, por ejemplo, se engendró en la India, en medio del delta del Ganges, bajo el 23° paralelo septentrional, y que, de consiguiente, pertenece por su origen (como casi todos los demás contagios), á las regiones tropicales y á las comarcas de aluviones circunvecinas á la desembocadura de los grandes ríos. No menos sabido es, por desgracia, que de medio siglo acá (desde 1817) la endemia indiana se hizo migradora, y que en sus repetidas peregrinaciones por Europa, América, etc., ha sacrificado millones y más millones de víctimas, y causado pérdidas enormes y verdaderamente incalculables. Pues bien: ¿queréis destruir el cólera? Destruid su foco generador, salubrificad

riamente numerosas desgracias, á más de la miseria de la clase que es consiguiente á la facilidad de meterse cualquiera á médico. Los pueblos, viendo que hay centenares á pretender cada vacante, irían bajando más y más las dotaciones, hasta reducirlas á la nada; y llegado este caso, forzoso sería á muchos ponerse á cavar ó á labrar el campo para no morir de hambre si la sociedad se descuidara en proporcionarles socorros. Y lo propio que en los pueblos deberá acontecer en las grandes poblaciones, donde una multitud de improvisados médicos y médicas lo arrasarian todo como una nube de langosta. Tras de esto, llegaría pronto un tiempo en que la sociedad, justamente alarmada por las desgracias que facultativos tan libres ocasionarian, se vería forzada á promulgar severas leyes de reponsabilidad médica; cuyas leyes estarían pendientes de continuo sobre la cabeza de los médicos, amenazándoles sin cesar.

—No servís para socialistas los hombres de espíritu apocado y pacato: siempre estais viendo peligros cuando se trata de abandonar viejas preocupaciones, respondió L. Habiéis de considerar que al propio tiempo que la medicina quedarán libres las demás profesiones, y que si una puerta se cerrara ciento se abrirían. Desengáñate, la libertad b...e prodigios. ¿No serías tú por

el territorio, haced lo mismísimo que haceis para combatir una gangrena nosocomial, un tifo carcelario ó unas fiebres palúdicas; evitad los desbordes, encauzad las aguas, facilitad el curso de las estancadas, desecad los pantanos, salubrificad el terreno, devolvedlo al cultivo; higienizad las poblaciones, y de seguro ahogareis el mónstruo en su cuna. Nada más óbvio, nada más sencillo y radical que este remedio, lo mismo para el cólera que para la fiebre amarilla, la peste oriental, el tifo europeo, y demás enfermedades infecciosas, transmisibles y no transmisibles, específicas ó no específicas, todas de patogenia análoga, todas de una misma familia, aunque con fisonomía diversa, todas términos de una misma serie, que empieza por las descomposiciones orgánicas descuidadas, y remata en la malignidad y perniciosidad elaboradora de los virus inoculables.—Ciertamente es que, respecto de algunos azotes patológicos, el mal es de una intensidad prodigiosa, y ha adquirido proporciones colosales; pero dadlas iguales al remedio, pactad un *seguro mútuo* de los pueblos contra las pandemias ó males generales, haced social y humanitaria la profilaxis. Y si nos contestan con la imposibilidad, y con el presupuesto colosal del remedio, diremos que la *imposibilidad* es el eterno argumento de la incapacidad y del egoísmo; que el gasto es hasta insignificante cuando, asociadas las naciones todas, hay una inteligencia que concibe, y un corazón que fecunda, las grandes empresas; y que nada hay imposible para una civilización que se abre paso por entre las entrañas de las cordilleras, y corta los istmos, y junta los mares, y vuela en alas de la electricidad y del vapor. Tiene razón el doctor FÉRAUD: «Con una milésima parte de los brazos que el cólera ha hecho caer en la rigidez cadavérica; con la milésima parte de las riquezas que ha devorado, y de las que ha impedido que se produzcan, con la milésima parte de los hombres y del dinero que probablemente ha de sacrificar y consumir todavía, hubiera de sobra para sanificar las regiones donde se engendran las pestilencias pandémicas. Si los Gobiernos, á los cuales

ejemplo, y entre otras cosas, un buen abogado ó un buen obispo luterano, para lo cual ni tu mujer ni tus hijos ofrecerían el menor inconveniente?

—Líbreme Dios, exclamé al oír esto, de apostatar de mi religión, ni de meterme á lo que no conozca bien y haya estudiado por principios. Pero hombre, ahora me ocurre dirigirte una pregunta: ¿Cómo siendo tú republicano socialista, y estando apasionado de esa profesión tan libre, te diste maña estos años atrás para atrapar, *per saltum*, una plaza de médico de familia, aspirabas á una de cámara, no salías del palacio de la duquesa de R. y de la marquesa de C., por cuyas casas todavía estás muy bien dotado, llevabas hasta en la camisa la placa con que adornó tu pecho el general J. por asistir á un parto á una bailarina de quien al menos era protector, y has hecho pintar en tu carruaje y estampar en tus tarjetas las armas correspondientes al apellido de tu familia?

—Es, amigo mío, que deben tomarse los tiempos conforme vienen, y siempre se ha dicho que es cosa desabida mudar de parecer... La verdad, yo detestaba en el fondo todo lo que huele á aristocracia, pero no estaba en mi mano arreglar la sociedad á mi manera. Los tiempos han cambiado, y ahora se presenta fácil lo que era antes difícil: por eso procuro realizar mi *idea* con todas mis fuerzas.

«toca la iniciativa de esa grande empresa, ¿quisiesen invertir en ella una cuarta parte siquiera de lo que anualmente les cuestan sus improductivos Ejércitos, y si la ciencia, con sus mil fuerzas y palancas, se uniese á ellos en santa cruzada para suministrar á las poblaciones ribereñas del Ganges la dirección y el oro que les faltan, ningún obstáculo se resistiría á sus esfuerzos combinados. Un *Ejército sanitario* y unos cuantos millones; hé aquí todo lo que se necesita para librar á la Humanidad del vergonzoso tributo de cadáveres que paga al cólera» (1).

Entre tanto, no descuidaremos la higiene de las navas, para conjurar en lo posible las eventualidades de importancia morbosa,—ni la salubricación de nuestros puertos, playas y costas, para disminuir las condiciones de receptividad,—ni la policía sanitaria y los lazaretos, para aislar en su principio la invasión, y mitigar en todo caso sus desastres. Porque, notadlo bien, la Higiene, que previene el mal, es también la que lo atenúa cuando ha sido descuidada la profilaxis. La última epidemia colérica (1865-66) lo ha probado de una manera irrecusable: Sicilia y Grecia se aislan con rigor, y quedan preservadas por completo: mas en Constantinopla, donde no hay sombra de higiene pública, ni asomos de previsión administrativa, en diez días hizo el cólera 35.000 víctimas; y en Inglaterra, donde se han ido tomando con ahinco y fé tales medidas higiénicas que constituyen el sistema de protección sanitaria más perfecto que se ha discurrido nunca, ni en país alguno (*visitas domiciliarias* preventivas escrupulosísimas,—*aislamiento*, el más perfecto posible, de los individuos, familias, casas ó barrios primeramente invadidos,—*desinfección*, inmediata y completa, por los desinfectantes más enérgicos, como el ácido carbólico, el sulfato de hierro el permanganato de potasa, llamado vulgarmente *ozono líquido*, etc.,—*destrucción por el fuego*, en ciertos casos, y mediante indemnización á las familias).

(1) *Le choléra devant l'humanité*: por el Dr. Eduardo FÉRAUD; Marsella, 1849, en 8.º

—Si, repuse, pero advierto que no quieres tú enseñar con el ejemplo, sino con las palabras. Llevas al pecho dos brillantes como dos avellanas, y un magnífico cronómetro en el bolsillo del chaleco, pendiente de una cadena de oro que bien pudiera servir de amarra para un buque en cualquiera agitado puerto: ¿no sentarían mejor, en un hombre de tus opiniones, una botonadura de nácar ó de marfil, y un cordón ó cadena sencilla para sostener un modesto reloj?

Íbame á contestar mi amigo republicano socialista, cuando salió á mi encuentro un criado de la casa á donde yo me dirigía, rogándome que acelerara el paso porque el enfermo le había enderezado tan de prisa hacia la eternidad, que no tenía trazas de parar hasta meterse —muy lavado, eso sí, y muy repleto del invento del químico de Munich—en el nicho del cementerio que encontrase más cómodo.

Despedíme cortés y cariñosamente, repitiéndome él que ya vería lo bien que salía el ensayo, y eché tras del fámulo, agitado por el temor de que, á realizarse la *idea* de mi amigo, pocos médicos irán al campo santo tan limpios de cuerpo y súcios de ventrículo como el enfermo cuya cura iba yo presuroso á completar.

X.

de los objetos que han estado en contacto con los cólericos, etc.), el cólera está ya reducido definitivamente á las proporciones de una enfermedad ordinaria.—¡Ah! ¿por qué no habían de ser los métodos *curativos* iguales en eficacia á los profiláticos? Desgraciadamente no lo son; y en prueba de ello consultad las estadísticas, y os dirán, con glacial rigor, que el contingente mortuario que se satisface al azote cólerico es tan considerable en los países donde el arte de curar ha realizado los mayores progresos, como en los países donde la Medicina se halla relativamente atrasada, y donde los enfermos son abandonados á los solos recursos de la Naturaleza (1).

Abrimos, Señores, el curso escolar al final de un trienio que ha sido excepcionalmente desastroso, é infausto por todo extremo: guerras cortas, pero sangrientas,—cólera más extendido que grave, pero que no ha dejado de causar, solamente en Europa, unas 200.000 defunciones,—viruelas y tifo universal de todas formas,—terremotos é inundaciones,—incendios y huracanes,—epizootias y epifitias,—carestía y miseria,—*tifo del hambre*, consecutivo á toda carestía, que ha causado, y está causando grandes estragos en la Prusia oriental, Irlanda, Argelia etc.,—aumento de la mortalidad ordinaria en los centros populosos.... ninguna calamidad le ha faltado al mundo de la civilización. Nunca mejor que en ese trienio se ha puesto de resalto la necesidad de una buena Higiene pública y de una Administración previsora. Algunas de las plagas que acabo de enumerar duran todavía, y por largo tiempo durarán aún los efectos de todas ellas. Inglaterra, Alemania y los Países Bajos, han sufrido de una manera terrible las consecuencias de las *epizootias*. En Inglaterra, la peste bovina ha sacrificado cerca de cinco millones de cabezas de ganado mayor. Contad, pues, las pérdidas que habrá experimentado la industria pecuaria, los perjuicios irrogados á la agricultura y al consumo de carnes, los gastos causados por las medidas higiénico-sanitarias que se han hecho indispensables, y fácilmente se os alcanzará el sumo interés que han cobrado los cuestiones de *Policia veterinaria*. Recorreremos las principales, que no son pocas, y, desentendiéndonos de necios y rancios epigramas, invocaremos las luces de la Medicina veterinaria, porque su estudio es no menos fecundo para la Medicina humana, que el de esta para aquella; y sin descender del reino *hominal* que nuestro justo engreimiento ha creado, estudiaremos con empeño á los seres que, irracionales y todo, nos suministran alimentos y vestidos, ayuda y defensa, distracción y recreo, medicamentos y ponzoñas, el pus vacuno que preserva al hombre, y el virus rabífico que le dementa y mata.

Y no solo la vacuna y la rabia, sino también las afecciones carbunculosas y la sarna; los lamperones y el muermo, y quien sabe si muchas más, se comunican de los animales al hombre; y si las *epizootias* no pasan á *epidemias*, es, por lo menos, muy común la coincidencia de ambos azotes, sin que tampoco sea raro ver coincidir con ellos las *epifitias* ó *epifitosias* que esterilizan los campos, y aniquilan las vides y otras plantaciones y

(1) En la Capitanata (escribe el Dr. L. VACHER), donde las poblaciones secuestraban á los invadidos, dejándolos abandonados, hubo 2.536 muertos por 4.154 invadidos, ó sea el 55 por 100. Y en París (cuartel 17), según una estadística publicada por la *Gazette des hopitaux*, de 88 casos asistidos hubo 55 muertos, ó sea el 63 por 100.

siembras de vegetales alimenticios ó tinctórios, textiles, etc. No afirmaré rotundamente que la simultaneidad de manifestación de las tres calamidades arguya absoluta identidad de causas productoras; pero tampoco tengo por inútil, y mucho menos por absurda, la hipótesis de una causa única, diversificada en sus efectos por la natural diversidad de los seres sobre los cuales obra.—El estudio de los hechos biológicos análogos, sea cual fuere el grado y forma de manifestación de la vida en los seres que examinan, nunca será infructuoso. ¿No habeis notado, y no lo demuestra el microscopio, que todas las epizootias y todas las epifitias se revelan por la presencia de diminutos seres orgánicos, insectos ó infusorios, musgos ó criptógamas, etc.? ¿Y qué extraño fuera que el *parasitismo*, nada nuevo, por otra parte, en la Patología humana, la cual conoce de antiguo así los *virus* y los *fermentos*, como los *microzoarios* y los *microfitos*: representase igual papel en las epidemias y contagios de nuestra especie?... Mucho priva hoy tal inducción, y deber nuestro será examinar imparcialmente sus fundamentos, por si algo pueden servirnos para la Profiláctica.—Lo que desde luego nos servirá es el hecho, bien comprobado en Inglaterra, Francia, Alemania, etc., de que las aguas contaminadas contribuyen poderosamente á aumentar la receptividad para toda epidemia ó contagio, y á difundir muy particularmente el cólera. Por esto reclamaremos hasta pulcritud en la limpieza del suelo urbano, porque la habitual infección de este mefitiza por un lado el aire, y corrompe á la larga las aguas: y aun en los campos, la profusión de abonos, unida á la falta de toda higiene rural, engendra y fomenta, directa é indirectamente, no pocas dolencias. En la *infección del suelo* por tanta inmundicia como en él dejamos posar é infiltrar, en las emanaciones de las habitaciones estrechas y de los patios sucios, oscuros y húmedos, de las alcantarillas, letrinas y meaderos, vaquerías, establos, cuadras, cebaderos, mataderos, mercados, estercoleros, vertederos, cementerios, cuarteles y hospitales, aguas sucias del lavado y fregado doméstico, de las fábricas y manufacturas, etc., etc., etc., está sin duda la causa, ó concausa, más poderosa de las epizootias, como de las epidemias y epifitias. Los cuerpos orgánicos muertos matan á los vivos; y en esas mil y una incensantes descomposiciones orgánicas, ó fermentaciones, que desatendemos porque no siempre incomodan mucho, ni asfixian ó envenenan en el acto, reside probablemente y muy notorio, el verdadero *quid ignotum* que la pereza humana supuso en otro tiempo como determinante fatal y exclusivo de las pestilencias y enfermedades generales. Fíjese el hombre más rudo en las innumerables fuentes de infección y mefitismo de las poblaciones; sepa que en París, por ejemplo, los exutorios de aquella gran capital vierten al río un metro cúbico de inmundicias varias cada segundo, y calcule luego cuál podrá ser la pureza de las aguas, aun después de sometidas á procedimientos más ó menos perfectos de clarificación. En mayor ó menor escala, por estas ó las otras causas, la contaminación de las aguas potables, sobre todo en las ciudades, y en el recinto edificado, es casi segura. ¡Ah Señores! ¡si tendrá algo de intuitivo el hecho de que, en lo más fuerte del terror epidémico, el pueblo, aun en las capitales más cultas, suele desconfiar de los Médicos y de los agentes de la Autoridad, y de todo el mundo, y esclama insensatamente que le han *envenenado las aguas*!... ¡Oh! no hay tal envenenamiento in-

tencional; pero la contaminación más ó menos graduada, del aire, aguas y suelo, no pocas veces es real y positiva, tanto en los tiempos ordinarios como en los de epidemia, aunque en estos últimos se hace más perceptible por sus efectos.

(Se continuará.)

LITERATURA MÉDICA.

La homeopatía juzgada en el terreno de la teoría y de la práctica, puesta al alcance de todos: por D. Benito Crespo y Escoriaza.

El tiempo—que acaba con todo, y en brevísimo plazo, cuando la obra en que ejerce su destrucción es por sí deletzable y vacilante,—ha hecho cumplida justicia á la doctrina de Hahnemann, hasta el extremo de no haber ya médico formal que con formalidad se ocupe en combatirla. Esa tarea,—que habria de ser interminable, no prestándose jamás los secuaces del médico sajón á razonables y concluyentes pruebas experimentales, ni aduciendo nuevos razonamientos, parece á punto de agotarse, si realmente no se halla agotada ya por entero. Hasta de mal gusto habian llegado á ser los debates *homeopáticos*, que la sana razón de las gentes y los buenos conocimientos científicos habian desechado.

No parecia probable que en medio del general silencio; cuando nuestros apreciables homeópatas—que no por serlo y vivir, segun entendemos, en un error, dejan de merecer nuestra consideración y aprecio,—van retrocediendo paso á paso hácia el terreno que bien podremos llamar comun, se presentara en la arena, armado de todas armas, con resuelto ánimo y brio poco comun, un adversario de la espresada doctrina.

No es otro este nuevo contendedor, que ha provocado á duelo á los hahnemannianos, que el Sr. D. Benito Crespo y Escoriaza, médico-director en propiedad de los baños de Buyer de Nava, sócio corresponsal de la Academia de Madrid, y autor del opúsculo cuyo título hemos puesto á la cabeza: hombre estudioso, de buenos conocimientos médicos, y enamorado, segun se vé, de la ciencia que con notorio aprovechamiento cultiva.

No faltará lector que diga al leer esto: ¿cómo es que en medio del general silencio, cuando nadie se ocupa de la homeopatía—dándola por suficientemente juzgada—hace oír su voz con tanto brio este médico de Badajoz? ¿Qué causa le ha obligado á escribir sobre el asunto nada menos que 445 páginas en 4.º?

El mismo dá razon en el prólogo de tales causas, y del objeto que con su publicación se propone llenar. Un recién converso al ya generalmente olvidado sistema de Hahnemann, que se ha presentado en Badajoz, y la circunstancia de agitarse nuevamente con este motivo la cuestión de validez de la homeopatía entre las gentes del país, han puesto la pluma en sus manos para complacer á algunas personas, ya que no se realizara el deseo de formar una Academia científica manifestado por un médico de Mérida. En una palabra, es el asunto cuestión de localidad mejor que otra cosa; y nuestro apreciable compañero el Sr. Crespo se ha creído obligado á salir á la defensa de la medicina secular, enarbo-

lando y manteniendo enhiesto y respetado en aquel país el estandarte de la ciencia.

Y lo ha hecho en verdad de la más cumplida manera; esponiendo la doctrina que combate en sencillos términos, para que todo el mundo la conozca; recapitulando esmerada y hábilmente cuantas razones se han presentado en su contra; respondiendo de un modo victorioso á los argumentos en que sus secuaces se atrincheran, y presentando nuevas y valiosas razones, todo con lucidez, de una manera ordenada y sencilla.

Puede sentarse, sin temor de contradicción, que muy raras publicaciones sobre el asunto, y encaminadas al propio fin, han visto la luz pública que mejor, ni aun tan bien, ilustren la conciencia del comun de las gentes, y aun de las clases instruidas, pero estrañas á nuestra profesion, llevando á su ánimo un conocimiento bastante cabal de lo que es dicha doctrina médica, y lo que de ella pueden prometerse.

Bien quisiéramos dar una cumplida idea de este librito; mas por una parte no acertariamos á extraerle de suerte que su mérito saliera de nuestras manos sin merma; por otra fuera eso una defraudación, que ciertamente no merecen el mérito y la laboriosidad del autor, y en fin, nos veda escursión tan larga el estrecho terreno á que nos hallamos reducidos.

Daremos solamente una ligera idea de él, haciendo mansion algo más detenida sobre algunos de los esenciales puntos.

Por lo que hace al autor del librito que someramente vamos á analizar, bástenos felicitarle por su obra, escitarle para que no deje ociosa su pluma, y lamentar que haya salido su producción á luz cuando menos afición hay á la lectura y al estudio.

Sin embargo, la clase médica es de esperar la otorgue una favorable acogida, tanto por el interés que la cuestión escita y la importancia que realmente ofrece, como por la utilidad que reporta, sobre todo á los prácticos que carecen de tiempo y aun de medios para reunir los datos en que ha de fundarse un sólido juicio. Metódicamente reunido encuentra en ella todo lo que necesita para formar concepto, aquel que no pueda hacer por sí un estudio detenido de esta *disidencia médica*.

En las tres siguientes partes se halla dividida la obra del Sr. Crespo:

Esponde en la 1.ª la teoría del sistema de Hahnemann, estudiando el origen de la homeopatía; el principio *similia, similibus curantur* que la sirve de fundamento; la doctrina de los miasmas crónicos; lo que es la experimentación pura, de donde arranca la terapéutica, y en fin lo relativo á las dosis infinitesimales.

Hállase la 2.ª parte consagrada á la práctica, que es, como advierte el autor, el punto más esencial, la piedra de toque de las teorías, ó el fundamento de ellas para los que con mucha exclusion profesan el método baconiano, y después de unas muy oportunas reflexiones preliminares, se ocupa en los ensayos ó pruebas de la homeopatía; hace luego la crítica de tales ensayos, y avalora por fin los hechos.

En la 3.ª y última parte, que titula *homeo-alopatía*, dá á conocer, primeramente lo que con esta palabra se

designa, y como forman sus secuaces una nueva secta—ó mejor una mezcla ó conjunto de sectas varias que vienen á constituir una especie de *protestantismo homeopático*, útil, más que para ninguna otra cosa, para restablecer á la medicina secular la plenitud de su prestigio;—presenta y examina luego las bases de esta reforma, y se ocupa en particular, por fin, de las dosis mínimas y de las dosis altas.

PRIMERA PARTE. Prescindiendo del artículo que concierne al origen de la homeopatía—en que se cuenta cómo le vino á Hahnemann á las mientes la idea homeopática, y la especie de *revelación* á que Leon Simon ha atribuido el invento—y dejando también á un lado lo relativo á las dosis infinitesimales—asunto que trata el Sr. Crespo con la estension y madurez debidas—vamos á dar idea más estensa de los concernientes al *similia similibus*, á los *miasmas crónicos* y á la *experimentación pura*.

Encuentra el Sr. Crespo repugnante á toda razón el principio de que el conjunto de síntomas de una enfermedad se disipe con otro conjunto de síntomas semejantes ó mayores, y examina el fundamento de proposición tan aventurada y absoluta, negando el razonamiento en que Hahnemann se funda. Tales aseveraciones le parecen gratuitas: si un olor desagradable se disipa con el tabaco; si en las congelaciones no ofrece buen resultado la aplicación rápida del calor etc., encuentra que hay más bien en el primer caso una sustitución, y que no puede considerarse como desagradable el tabaco, pues, que para muchísimos es grato; mientras que en el caso segundo solamente habría exactitud si las congelaciones se curaran sosteniendo la propia temperatura ó bajándola más, en vez de aumentarla, siquiera sea con prudente parsimonia, lo cual es conforme en realidad con la doctrina de los contrarios.

Niega que para curar una enfermedad sea preciso producir otra, sobre semejante algo más intensa, á fin de que la enfermedad artificial desaloje y rinda á la natural, y alega sobre el asunto las conocidas razones. Ni tiene por cierto que los medicamentos preconizados por los homeópatas produzcan esas enfermedades análogas, ni encuentra medio para proporcionar la enfermedad artificial á la medida de la natural con tal exactitud que no falte, quedando el intento terapéutico vano, ni sobre, originándose perjuicios, etc., etc.

«Pero suponiendo, dice, que sea una verdad el *similia similibus*, tal como le conciben los homeópatas, »con lo cual se vé quiero concederles hasta los mayores absurdos, ¿me quieren decir estos señores cómo »en un padecimiento gravísimo y de poca duración á »veces, como por ejemplo, la apoplejía, pueden administrarse medicamentos cuya acción terapéutica tarda, »según Hahnemann, hasta un mes en manifestarse? Es »verdad que entonces muchos, como Rummel, dicen: en »las enfermedades agudas peligrosas, la alopátia parece »merecer la preferencia sobre la homeopatía? Pero estos »ya no son homeópatas, sino insuficientistas..... »Entre tanto, y siguiendo las reflexiones que me »sugiere la idea de las consecuencias que resultarían en »la práctica suponiendo verdad la ley de los semejantes,

»me ocurre ahora preguntar: ¿y qué resultará con esta »ley de los semejantes en los envenenamientos....?

¡Son tantas las preguntas más apremiantes y difíciles de responder que esta!

Se ha dado á la doctrina de los semejantes un valor puramente imaginario, haciendo descansar la doctrina entera de Hahnemann sobre un ente de razón. ¡Es puramente hipotética!—Ni hay tal semejanza entre los fenómenos fisiológicos producidos por los medicamentos homeopáticos y las enfermedades, ni en todo caso recaería la analogía en lo esencial é íntimo que constituya la dolencia, sino en ciertos fenómenos exteriores. Aquello que cura una enfermedad, es esencialmente contrario á ella, y unos cuantos fenómenos exteriores más ó menos remotamente parecidos, servirían tan solo, á existir con constancia, para acreditar que hay cosas muy adversas y opuestas sin parecer radicalmente contrarias.

De los miasmas crónicos, de esa espiritualización caprichosa y difusión peregrina del *acarus scabiei* y los otros principios morbíficos supuestos de las enfermedades crónicas al través de las generaciones, nos parece ocioso ocuparnos mucho. El autor dice en este punto—teniéndole sin duda por innecesario—una mínima parte de lo que decir pudiera. En sentir nuestro es una de las novedades más extrañas, que la homeopatía ha intentado encarnar en el seno de la medicina, esta de atribuir todas las enfermedades crónicas á tres fuentes, el psora, la sífilis y la sicosis; trinidad morbosa que bien pudiera alguno reducir á una sola esencia, simplificando la patología y la terapéutica.

Apoderándose el autor del opúsculo que examinamos, de lo que dice Hahnemann con respecto al prolífico poder del psora, generador de casi todas las afecciones crónicas, le pone verdaderamente en ridículo, enumerando aquella confusa mezcla de afecciones con que mortifica á la especie humana.

»Es muy particular, añade, lo que ocurre en las »discusiones con los homeópatas; cuando en esta ú otras »cuestiones parecidas se les dice que es un disparate »sostener tales proposiciones, por estas y las otras razones, insisten en sus ideas apoyándose en uno ó más »sófismas, se le destruyen todos, y por último se quedan »con aire de vencedores, diciendo: ¿pero ustedes saben »en qué consiste, por ejemplo, la causa íntima, esencial »ó eficiente de todas las enfermedades? Y como decimos »que nó, que lo que conocemos por la observación y la »experiencia son sus leyes, responden, pues nosotros sí; »y mientras ustedes no sepan con toda certeza lo que es »seguiremos creyendo que son ciertas, ciertísimas nuevas ideas en este punto. De manera, que según este »modo de discurrir, todos aquellos fenómenos que hoy »no podemos explicar todavía completamente, y otros »que quizás nunca lleguen á explicarse, son, por lo mismo que se ignoran, y *sin más razón que esta*, lo que esos »señores quieren que sean; y partiendo de esta suposición, como si fuera una verdad demostrada, la van enlazando á otras deducciones, y dicho se está que si la »base es falsa todo lo demás es erróneo....»

Llega ahora su vez á la *experimentación pura*, otro de los cardinales principios de la homeopatía, principio

que guardan cautelosamente de la vista de los profanos, como si temieran que con ensayos y demostraciones hechos á la luz del día perdiera todo su prestigio. ¿Están ciertos de que la experimentación de sus medicamentos hecha en personas sanas, dá el propio seguro resultado, en los más de los casos, ya que haya que conceder á la naturaleza sus ocultaciones y fraudes morbosas, y también algunas inesplicables aberraciones? Pues, ¿por qué, para conocimiento de incrédulos, no se patentiza en públicas, repetidas y solemnes experimentaciones?

Oigamos como discurre el autor sobre asunto tan fundamental, después de haber copiado el aforismo 25 del Organon de Hahnemann.

«Y todos cuantos hagan estos ensayos, han de advertir esos efectos? Hahnemann en el aforismo 32 y otros, dice que sí; pero esto luego lo veremos: por ahora concedemos que sea así. Entre tanto diremos, que el ensayo de la quina que dió origen á la homeopatía, fué mal apreciado por Hahnemann: la quina no produce intermitentes, y el que lo dude, que repita el experimento; lo que hace la quina tomada como lo hizo Hahnemann á dosis fuertes y por varios días seguidos, es determinar como irritante que es, una excitación febril... etc.»

Está la homeopatía amenazada de muerte, por un efecto del incesante progresar de las ciencias físicas y naturales y por los trascendentales estudios fisiológico-patológicos y aun terapéuticos experimentales. ¿A qué quedaría reducido el famoso ejemplo de la quina, si en efecto se debieran las intermitentes á un microzoario? Pero es cierto que la completa demostración de esto ha de tardar algún tiempo todavía, y en tanto ya puede efectuarse una retirada en buen orden hacia el atrinchamiento de la medicina de los siglos.

Enumera el autor, una vez más, las pequeñas incomodidades ó síntomas, por decirlo así, que tomando glóbulos notó Hahnemann en sí mismo, con todas las extravagancias que les acompañan, y llama la atención á las 73 especies de dolor que distingue, peregrinas por todo extremo, más que las variedades de pulso de Solano de Luque y sus secuaces, discurriendo muy atinadamente acerca de las dificultades que en la práctica deberá ofrecer aquella confusión laberíntica y enmarañamiento de síntomas. Es importante esta parte del artículo, y no deja lugar á razonable respuesta, aun cuando no se añada á la confusión hahnemanniana el mar de confusiones y la algarabía que sus discípulos y admiradores han agregado.

Termina la parte primera, según viene dicho, con un extenso artículo, que ocupa 27 páginas, relativo á las dosis infinitesimales, punto en que la homeopatía se eleva de la fábula á las más superticiosas visiones. Dejémosle, que ya es asunto este en que va entrando el descreimiento hasta para sus apóstoles más celosos, como quien dice los Pedros y los Pablos del famoso sistema sajón.

(Se concluirá.)

PRENSA MÉDICA ESTRANJERA.

De las concreciones de tártaro, en la boca.

El Sr. Broca ha presentado en la Sociedad de cirugía de París varias piezas que representan concreciones de tártaro desarrolladas al nivel del orificio de los conductos de las glándulas salivales. Ha tenido ocasión de observar recientemente una concreción de este género en una mujer de 60 años, poco cuidadosa de su boca.

La concreción tenía tres años y se había desarrollado al nivel de la embocadura del conducto de Stenon sobre la parte esterna de la segunda muela superior. Desde este punto como centro se había extendido por delante y por detrás, y había ocultado muchos dientes.

Fauchard, en su libro sobre la cirugía dentaria, ha publicado observaciones, y Magitot ha enseñado á Broca dos tumores semejantes desarrollados á la entrada del conducto parotídeo.

Los tumores producidos por los depósitos de tártaro pueden desarrollarse en todos los puntos de la boca, pero ocupan en general dos sitios diferentes: uno superior al nivel de la entrada del conducto de la parótida; otro inferior hacia el orificio del conducto de las glándulas sub maxilar y sub-lingual ó conducto de Warthon.

El tumor superior tiene su asiento constante en la parte esterna de la segunda muela, donde puede extenderse hacia los caninos ó á las muelas posteriores. El tumor inferior reside invariablemente en la cara posterior de los dos incisivos, medios frente al punto donde desemboca el conducto escretor de las glándulas salivares.

Estos tumores ó depósitos de tártaro ocasionan una inflamación bastante intensa de la membrana mucosa gingival, y en su consecuencia los dientes vacilan y caen estando sanos y sin cáries. Podría decirse que la cáries dentaria es incompatible con los depósitos de tártaro. La cáries y las concreciones parece que se reflejen á estados diferentes de la boca, la cáries á la acidez, y las concreciones á la alcalinidad de esta cavidad.

Se han invocado varias causas para explicar estos depósitos de tártaro: Se ha dicho que eran debidos á la inflamación de las encías; pero esta es más comúnmente el efecto que la causa.

Se los ha atribuido á la alternativas de la acidez y alcalinidad de la saliva; pero la observación prueba que las concreciones salivares se desarrollan á veces en el interior de los conductos de Stenon ó de Warthon, allí donde no ha podido perder sus caracteres normales de líquido alcalino. El Sr. Magitot cree que la diferencia de composición de las salivas parotídea, y sub-maxilar tiene cierta influencia en la producción de estos depósitos; dice que el fosfato de cal predomina en los depósitos inferiores, y el carbonato de cal en los superiores.

El Sr. Broca declara que ha encontrado por el análisis la misma composición exactamente en los depósitos superiores que en los inferiores. No se pueden explicar estas concreciones sino suponiendo que la saliva contiene en ciertos casos una proporción de sales calcáreas, carbonato ó fosfato, superior á la solubilidad natural de estas sales; de aquí su precipitación. Pero como está demostrado por la observación, que los cálculos salivares propiamente dichos son raros, mientras que las concreciones son comunes, hay que suponer otra acción, quizá la influencia de la alteración de la materia orgánica de la saliva que provoca una doble descomposición de sales calcáreas y su precipitación.

Efectos de la lesión del cuerpo restiforme.

El Sr. Brown-Sequard ha fijado la atención en dos hechos interesantes que ha observado en sus últimos experimentos, á consecuencia de la lesión del cuerpo restiforme.

El primero es la producción de una hemorragia. Se han visto muchas veces hemorragias en las enfermedades nerviosas.

Hay por ejemplo una hemorragia renal en las enfermedades de la médula espinal; otra intestinal en las enfermedades del cerebro. Pero el hecho de que me ocupo es completamente nuevo, y muy frecuente después de la lesión indicada, y aun podría decir que es constante; porque hasta ahora le he observado siempre.

Se produce, pues, siempre, después de la lesión del cuerpo restiforme una hemorragia pequeña, pero bien evidente. El sitio de esta hemorragia es debajo de la piel de la oreja.

Otro hecho no menos notable que ha observado como resultado de esta misma lesión, es la producción de una gangrena en la misma oreja. Este hecho apenas es conocido. Se ha visto producirse la gangrena á consecuencia de úlceras; pero esta es una gangrena seca que no tiene otra causa que la lesión del cuerpo restiforme. Debo advertir que aun cuando la lesión resida en un solo lado, se presenta la gangrena en los dos; pero mucho más en el afecto.

Accion fisiológica del protóxido de ázoe; por TH. EVANS.

Se ha generalizado el uso del protóxido de ázoe por los dentistas para la avulsión de muelas, y es de desear se estudie lo más completamente posible el modo de accion fisiológica de este agente anestésico. A pesar de los trabajos ya numerosos, quedan muchos puntos que dilucidar en este estudio. Según advierte Evans después de haber atribuido los fenómenos anestésicos del cloroformo, del éter y del amileno á la asfixia, se ha reconocido que estos agentes producen por su parte fenómenos especiales que no se refieren directamente á la hematosi. La misma tendencia se advierte con el protóxido de ázoe, y se ha creído igualmente poder considerar como idénticos los síntomas producidos por la inhalación de este gas y los que acompañan á la asfixia. Pero la palabra asfixia se ha empleado en acepciones no bien determinadas, y no sirve más que para ocultar la ignorancia de los verdaderos fenómenos fisiológicos. La asfixia resulta de la falta del oxígeno necesario para la respiración. Ahora bien, muy rara vez proviene la muerte solo de la insuficiencia del oxígeno. Los gases de propiedades tóxicas como el protóxido de ázoe, el ácido carbónico, el óxido de carbono, el hidrógeno sulfurado, cuando son respirados, producen otros efectos dependientes de sus propiedades tóxicas.

Admitiendo que la asfixia sea el resultado de una oxigenación insuficiente y del acúmulo del ácido carbónico en la sangre, cree el Sr. Evans que no hay identidad entre este estado y el de la anestesia por el protóxido de ázoe.

Esta opinion se funda en un estudio comparado del modo de accion del ácido carbónico, del ázoe, del protóxido de ázoe y de los resultados microscópicos por la experimentación en los conejos.

Los fenómenos que preceden ó acompañan á la anestesia, la duración de esta, varían con los diversos gases.

Después de la muerte, la congestión venosa es más pronunciada que la ocasionada por el ázoe y menos que por el ácido carbónico; la sangre es más negra que en el primer caso, de un rojo más brillante que en el segundo. La acción del protóxido de ázoe sobre la sangre es análoga á la del ácido carbónico, pero menos profunda: la sangre tiene menos color que por el ácido carbónico. Así se explica la lividez de los labios, la coloración azulada de las mucosas, que se observa constantemente en la anestesia por el protóxido.

En resumen, si este gas puede compararse al ázoe y al ácido carbónico por algunos de sus efectos, tales como la acción sobre la sangre y los centros nerviosos, solo hay una parte de verdad, y falta otra que debe completarse por un estudio cabal de las demás condiciones que diferencian los fenómenos tóxicos.

Investigaciones sobre el ganglio intercarotideo y las cápsulas suprarrenales, por el Dr. PFÖRTNER.

El ganglio intercarotideo ha sido ya objeto de numerosas controversias, y sin hablar de otro procedimiento muy cómodo empleado por algunos, que consiste en negar su existencia, hay dos opiniones sobre este órgano.

Según Luschka se trata de un órgano glandular, com-

puesto de vesículas redondeadas, ovales, ó de tubos ramificados, cilindricos, de estremidades redondeadas. Estas vesículas contienen una capa de epiteliun y células de núcleo, nucleolos libres y granulaciones moleculares. Además se encontrarán un gran número de nervios y células nerviosas. En resumen, será no un ganglio, sino una glándula nerviosa.

Arnold, por su parte, ha obtenido conclusiones diferentes: no hay ni tubos ni vesículas glandulares; pero el órgano está en gran parte compuesto de pequeños glomerulos arteriales; en cada uno de estos penetra una arteria que por sus ramificaciones y asas múltiples y dilatadas presenta el aspecto de tubos glandulares. Esta especie de dilataciones arteriales contienen una capa de epiteliun y de sangre. Por otra parte existen numerosos nervios, células nerviosas ganglionarias, en medio de estos glomerulos.

El Dr. Pfortner apoya la opinion de Arnold, y la inyección natural ó artificial del ganglio intercarotideo ha demostrado claramente que las supuestas vesículas glandulares no son más que dilataciones vasculares, glomerulos arteriales. Se ha confirmado igualmente la abundancia de nervios y de células ganglionarias.

La función de este órgano se deduce fácilmente de los caracteres anatómicos. El ganglio intercarotideo está en relación al mismo tiempo con el sistema nervioso y con el vascular. Puede ser considerado con relación á los nervios como un centro importante de nutrición, y respecto á la circulación carotidea como un receptáculo que sirve para regularizar la presión de la sangre.

La segunda parte del escrito del Sr. Pfortner se ocupa de las cápsulas suprarrenales.

La mayor parte de los autores conocen la abundancia de la distribución de las redes en las cápsulas suprarrenales, y el mayor número están acordes en reconocer que los nervios procedentes del simpático, del vago y del frénico se ramifican en la sustancia medular y se reúnen en haces en la sustancia cortical. El punto anatómico más discutido es la distribución de las células ganglionarias nerviosas.

Sobre este punto existen dos opiniones contradictorias. Algunos autores niegan su existencia en el hombre, y en la mayor parte de los mamíferos (Ecker, Frey, Arnold). Otros atribuyen á la mayor parte de los elementos de la médula, los caracteres de las células ganglionarias (Luschka, Leydig). Entre estos extremos admiten algunos observadores, ya células medulares especiales, ya verdaderas células nerviosas; tales son Wirchow, Holm, Moers, Joesten.

El Dr. Pfortner no comprende que se puedan considerar la mayor parte de los elementos medulares como células nerviosas.

Las células aplanadas, de contornos limpios, que forman la masa principal de la médula, se parecen más bien á células epiteliales que á las nerviosas. Por otra parte tienen la mayor analogía con las células de la sustancia cortical, con las cuales no hay confusión.

En fin, los elementos parenquimatosos resisten más á los reactivos que las células nerviosas.

Sin embargo, al lado de estos elementos medulares se encuentran células más gruesas, muchas veces granulosas; están situadas en los troncos nerviosos entre sus haces, ó bien dejan fácilmente reconocer las señales de prolongaciones que las unen á los nervios. El autor ha podido observar directamente la unión de una de estas células con una fibra nerviosa. Pero estas células nerviosas son raras y dispersas. Este hecho anatómico tiene su importancia en la discusión de las numerosas opiniones emitidas sobre el uso aun mal determinado de las cápsulas suprarrenales.

FORMULARIO.

ELIXIR ANTIASMÁTICO. (Trousseau.)

Polígala de Virgia.....	5 gramos.
Infúndase en:	
Agua.....	100 —
Filtrese y añádase:	
Ioduro de potasio.....	10 —
Aguardiente añejo.....	50 —
Jarabe de diacodion.....	30 —

En el caso de asma esencial, se dará dos veces al día una hora antes del alimento una cucharada grande de esta preparacion, diluida en tres ó cuatro cucharadas de agua azucarada.

Durante los accesos se podrá administrar la tintura de lobelia inflata, á las dosis de 20 ó 30 gotas cada media hora, hacer respirar cloroformo y tocar la faringe con el amoniaco diluido en agua.

Cuando no sirvan estos remedios, se ensayará la disolucion de arseniato de sosa de Trousseau.

PASTILLAS VERMÍFUGAS. (Pederit.)

Sulfato de hierro puro.....	2 gramos.
Semen-contra pulverizado.....	6 —
Azúcar.....	24 —
Mucilago.....	C. S.

Mézclese para hacer 32 pastillas. Se usarán de 3 á 6 por la mañana en ayunas.

PARTE OFICIAL.

SANIDAD MILITAR.

Movimiento del Personal.

4 Mayo 1869. Concediendo el retiro provisional para Barcelona con 40 escudos al mes al primer Ayudante médico D. Manuel Solá y Font-rodona.

14 id. Dando de baja definitiva en el Ejército á don Eduardo Lastres y Juiz, segundo Ayudante médico primero de Ultramar en Cuba.

Id. id. Concediendo el regreso á la Península al primer Ayudante médico D. Vicente Caballero y Alvaro por haber cumplido el tiempo de permanencia reglamentario en Filipinas.

19 id. Id. la licencia absoluta al segundo Ayudante médico D. Andrés Matres y Perez.

Id. id. Id. el retiro provisional para Santiago de Cuba, con 180 escudos al mes, al primer Ayudante médico D. Lucas Giron y Ponce de Leon.

22 id. Destinado al segundo Ayudante médico del segundo batallon del Regimiento Infantería de Asturias D. Francisco Arredondo y Gomez al segundo batallon del Regimiento Infantería de Valencia.

Id. id. Id. al segundo batallon del Regimiento de Asturias al segundo Ayudante médico del de Valencia D. Miguel Membiela y Salgado.

24 id. Id. al segundo Ayudante médico del hospital militar de Melilla D. Ramon Alba y Lopez, al batallon de las Navas.

Id. id. Id. á la situacion de reemplazo en Madrid al primer Ayudante médico mayor supernumerario D. Enrique Fernandez Ibarra.

Id. id. Id. á la situacion de reemplazo en Oviedo al primer Ayudante médico del tercer batallon del Regimiento Infantería de San Quintin D. Felipe Polo y Astudillo.

25 id. Id. á la situacion de reemplazo en Madrid al primer Ayudante médico D. José Guerrero y Escarnichia.

Id. id. Id. al segundo batallon del Regimiento Infantería de Mallorca al segundo Ayudante médico don Modesto Garcia Naharro.

Id. id. Id. á la situacion de reemplazo en Albaida (Valencia) al primer Ayudante médico del batallon Cazadores de las Navas D. Francisco Lloret y Gonzalez.

Id. id. Id. á la situacion de reemplazo en Madrid al primer Ayudante médico del segundo batallon del Regimiento Infantería de Extremadura D. José Perez y Muñoa.

Id. id. Id. al segundo Ayudante médico primero supernumerario D. José Nevot y Trápaga al primer batallon del Regimiento Infantería de Aragon.

Id. id. Destinando al primer Ayudante médico don Ramon Gabriel y Adrov er al segundo batallon del Regimiento Infantería de Extremadura.

Id. id. Id. al primer Ayudante médico D. Francisco Serrano Perez al segundo batallon del Regimiento Infantería de Málaga.

Id. id. Id. al segundo Ayudante médico, D. Eduardo

Baselgas y Chaves al primer batallon del Regimiento Infantería de Asturias.

Id. id. Id. tercer batallon del Regimiento Infantería de San Quintin al primer Ayudante médico del hospital militar de Valladolid D. Felipe Gonzalez Soler.

26 id. Id. á los Médicos mayores D. José Gonzalez Zorrilla al hospital militar de Palma; D. José Fons y Valls al de Barcelona; D. Antonio Melendez y Lopez al Id.; D. Manuel Julia y Robert al de la Coruña; don José Boy al de Figueras; D. Cláudio Claramunt para el de Vitoria; D. Tomás Hevia al de Ciudad-Rodrigo; don Narciso Fuster al de Cádiz, D. José Soriano al de Tortosa; D. Juan Deo al de Sevilla; D. Lorenzo Lopez Burillo al de Algeciras; D. José Gomez de Lara al de Ceuta; D. Antonio Capella al de Palma de Mallorca; don Antonio Satorras al de Barcelona; D. Félix García Echevarría al de Santoña; D. Carlos Jacobi al de Burgos; D. José Sumsí de reemplazo en Madrid; D. Benito Losada y Astray en la Coruña; D. Pedro Jolí en Pamplona D. José Perez Lopez en Madrid; D. José de la Cortina en Madrid; D. Mariano Canalejo en Palma; don Juan de la Mata y Mozo en Madrid; D. Juan Samsó y Montllor en Pamplona; y D. Juan Molas y Tenes que sirve en el hospital militar de San Sebastian al de Pamplona.

Id. id. Ascendiendo á primer Ayudante médico por antigüedad con la de 3 de Abril último al segundo Ayudante D. Vicente Casellas y Antiga.

Id. id. Dando de baja en el Cuerpo al segundo Ayudante médico del segundo batallon de Infantería de Saboya D. Celedonio Carrasco y Torres por no haberse incorporado en su destino.

1.º Junio. Nombrando Jefe de Sanidad militar de Puerto-Rico con el empleo de Subinspector médico de segunda clase de Ultramar al médico mayor D. Juan Subirana y Febrer.

Id. id. Id al tercer batallon del Regimiento Infantería de San Quintin al primer Ayudante médico del hospital militar de Valladolid D. Felipe Gonzalez Silva.

Id. id. Destinando á la situacion de reemplazo en Madrid al primer Ayudante médico D. Francisco Esteve y Soriano.

Id. id. Disponiendo que el segundo Ayudante farmacéutico á las órdenes de S. E. D. José Escolar y Sorzano, pase á continuar sus servicios al hospital militar de Barcelona.

(Se concluirá.)

MONTE-PIO FACULTATIVO.

SECRETARÍA GENERAL.

Anuncios de pension.

Doña Petra Gonzalez, viuda del socio D. Antonio Richards y Fuentes, solicita la pension de viudedad.

Lo que se publica para conocimiento de la Sociedad, y á fin de que si algun interesado tiene que manifestar alguna circunstancia que convenga tener presente, lo verifique reservadamente y por escrito á esta Secretaría general, calle de Sevilla, número 14, cuarto principal.

Madrid 5 de Agosto de 1869.—El secretario general Estéban Sanchez de Ocaña. (1)

VARIEDADES.

SERVICIO FARMACÉUTICO DEL HOSPITAL DE LA PRINCESA.

Tenemos el deber de manifestar que, examinado el pliego de condiciones publicado por la Direccion general de Beneficencia, Sanidad y Establecimientos penales para el servicio farmacéutico del Hospital que se llamó de la Princesa, resulta que no es una subasta para el suministro de los medicamentos en junto con la preparacion y demás funciones propias del farmacéu-

tico, sino solamente de estas últimas, reservándose adquirir los medicamentos por subastas periódicas.

El pensamiento de la Direccion al disponer las cosas de tan singular manera—suponiendo qué pensamiento haya tenido y no se reduzca todo á un simple capricho—ha sido dictado sin duda alguna por un espíritu mezquino de desconfianza que justamente irrita, por lo depresivo, á la clase farmacéutica; cuya desconfianza es, despues de todo, perfectamente inútil.

Supongamos que el servicio de ese hospital se encomendara á un farmacéutico tan indigno como la malicia presume quizás que pueda haberle, y que fuera posible ajustarle con tal rigor las cuentas de los medicamentos que recibe y de los que suministra á los enfermos, que deducidos estos de la anterior existencia resultara la existencia actual tan claramente que pudiera comprobarse cada dia: ¿habria adelantado mucho con eso la Direccion? Todo lo contrario: lo habria empeorado todo muchísimo. Es cierto que no se defraudaria lo más mínimo, si fuere eso posible, al establecimiento de una manera directa; pero se defraudaria á los enfermos *directamente ó indirectamente* á aquel.

No es de presumir que lea el espresado director El Siglo Médico,—porque los directores en España, sabiéndoselo todo, no necesitan aprender cosa alguna en los periódicos que tratan de los ramos que dirigen—más por si acaso, vamos á presentarle un ejemplo. Supongamos que los médicos recetan en un dia dos onzas de sulfato de quinina, cantidad que resulta en los recetarios de las diferentes salas, y la cual ha de rebajarse de la existencia total de la botica: pues bien, resultando como suele decirse, *pie con bola*, aquello en que cifra el director todo su conato, ha podido el farmacéutico quedarse con la mitad del sulfato.

¿Qué sucederá entonces? Los enfermos que habian de hacer ocho estancias, por ejemplo, harán quince, veinte ó más; y los médicos, viendo que las calenturas no se cortan con las dosis ordinarias, las duplicarán ó triplicarán... En resumen: grave daño para los enfermos, y mucho mayor gasto para el establecimiento. ¡Magnífico fruto de esas elucubraciones benéficas!

Vemos con dolor que el director de Beneficencia, aun cuando nos parece hombre celoso y de buena fé, ni está animado del espíritu que su destino requiere, ni conoce el ramo que por un capricho de la suerte se halla encomendado á su direccion, ni procura inspirarse con el consejo de personas entendidas y de rectas miras.

A no ser por esto, atenderia preferentemente al bien de los enfermos, y se guardaria de ofender, sin sombra de razon, á la dignidad, honradez y delicadeza de una clase repetable, que jamás ha dado motivo para sospechas de ese género. Muchos farmacéuticos hemos conocido al frente del servicio de los hospitales; pero á ninguno hemos visto salir de su destino menos pobre que entró. Eso de esplotar los destinos sin reparar en la inmoralidad de los medios, que es comun en los funcionarios del orden político, no se ha visto afortunadamente en los hombres de ciencia, y menos que en todos en los que hacen á la humanidad doliente objeto de sus estudios y afanes.

Otra consideracion. Si estuviese la Direccion inspirada, como debiera, de una mira *benéfica*, mejor que de una mezquina mira contradictoria á su objeto, trataria de proveer esa plaza de farmacéutico en el que más supiera, en el *mejor*, en el más digno, de ningún

modo en el que más rebaje de los 32.370 rs. que ha costado el servicio el año anterior.

¿Qué se propondrá economizar, con daño de los enfermos, el director de Beneficencia repartiéndose esa cantidad entre el farmacéutico, dos ayudantes, tres practicantes, dos mozos, la alimentacion de estas dos clases y combustible? ¿Qué farmacéutico será el que haga rebaja alguna?

¿De seguro vá á saldarse con esa economía el déficit de 1.300 millones que resultará al cabo del presente año económico!

No es, pues, extraño, en vista de proceder tan singular, que nuestro colega el *Restaurador Farmacéutico* dirija á ese alto funcionario, en su último número, una larga y amarguísima diatriba que sentimos no poder trasladar por completo á nuestras columnas. He aquí, sin embargo, los primeros párrafos:

«Salió á luz el engendro de la subasta del servicio farmacéutico para el Hospital llamado de la Princesa, segun indicamos en el número anterior. No han bastado los avisos confidenciales que dimos al señor Ministro de la Gobernacion sobre los planes *disparatados* del Director de Beneficencia; ni las cartas particulares á uno y otro funcionario que les escribió nuestro amigo y compofesor el Sr. Fernandez Izquierdo, mereciendo la contestacion de que se resolveria el asunto con arreglo á justicia; ni la comparacion de la conducta observada en este asunto por los políticos pasados, que se atenian á la ley, mientras los actuales *hacen alarde de su desprecio y reforma arbitraria*; nada ha detenido los ímpetus del *mandarin* que dirige el ramo de Beneficencia y Sanidad en la administracion presente; á pesar de que existe el proyecto de desentenderse el Estado del servicio de Hospitales ordinarios, pasando al dominio de la provincia tan luego como se les haga cargo á cada una del cumplimiento de las obras pias destinadas á dicho fin; y á pesar de que en la averiguacion de los patronatos de Beneficencia estriba el orden que se necesita establecer para el régimen uniforme de todos los asilos, el Director no ha querido suspender la ejecucion de su proyecto, el cual no vemos aprobado en la *Gaceta* por orden del Ministro, como es costumbre preceda este requisito á la convocatoria de la subasta, cuyo pliego de condiciones es una sarta de desatinos tremendos.

»Véanlo nuestros lectores en la Seccion oficial de este número, y examínenlo para protestar contra semejante sistema, que desecharon otras administraciones más prudentes, asesoradas del Consejo de Estado. Hoy sin *previo acuerdo de nadie, y siguiendo sólo el capricho del hombre fuerte* que ha dado mano al negocio, vemos con *escándalo* que ni aun se sabe explicar el servicio farmacéutico correspondiente á cualquier establecimiento para aplicarlo al de que se trata, y lo demostraremos con esponer el juicio que hemos formado de las reglas de contratacion que se proponen, las cuales deseamos ver anatematizadas por todos nuestros compofesores, absteniéndose de presentarse á la subasta, por honra de la clase, por respeto á la humanidad doliente y por amor al decoro de la Farmacia.»

Sigue á estos párrafos un examen muy sarcástico de las condiciones de la subasta, y remata con algunas consideraciones oportunas.

BENEFICENCIA PÚBLICA.

Es la Beneficencia uno de los ramos de la administracion de mayor importancia, sobre todo en nuestro presente estado social; pues que ningún otro podria atenuar tanto como él algunos de los males más graves y amenazadores en nuestro país.

Pero desgraciadamente no hay ramo menos estudiado, peor comprendido, ni que tanto diste de una mediana perfeccion. En el dia principalmente, á favor del sistema político que á la nacion rige, ha podido iniciarse desde luego un completo plan de beneficencia, bastante eficaz para atenuar las dificultades que se oponen al restablecimiento de la paz y el buen orden.

CRONICA.

Justamente lo contrario es lo que se ha hecho y continúa haciéndose con el empeño más funesto. Contra lo que podía presumirse y correspondía al orden de cosas establecido, se sigue obstinadamente un sistema de centralización tan exagerado que toca en lo absurdo, impropio hasta más no poder de unos tiempos que se suponen de libertad. Si el Gobierno hubiera tenido algo de descentralizador, lo que correspondía hacer era extinguir la Dirección de Beneficencia y Sanidad, encargando a las Juntas la parte directiva de este ramo; pero cómo es más centralizador que todos los anteriores, ha acabado con la Junta general de Beneficencia y con las provinciales, asumiendo la Dirección las atribuciones de la primera.

Ese mismo sistema centralizador exagerado, es el que acaba de inspirar el decreto de 9 de Julio último sobre patronatos; cuyo objeto habrá de imposibilitar para en adelante toda fundación piadosa, sobre atropellar indisputables y sagrados derechos, dando lugar a un sinnúmero de dificultades, reclamaciones y quejas.

Como aquí nadie se ocupa más que de política, y la política se reduce entre nosotros a disputarse el mando y los empleos, so el pretexto de si han de regir tales ó cuales instituciones que jamás pasan de ser simples papeles mojados, nadie se ocupa de estos graves y trascendentales asuntos de administración; por lo que sucede, que los gobiernos hacen caprichosamente y cada día lo que se llama mangas y capirotos, con todo el desacierto que es de presumir en administradores improvisados é ininteligentes.

Un periódico sin embargo, el *Imparcial*, ha publicado un excelente artículo sobre el decreto de patronatos.

Hallándonos perfectamente de acuerdo con él, vamos a trasladarle casi íntegro a nuestras columnas. Dice lo siguiente:

«Al leer el preámbulo del decreto de 9 de Julio, sobre patronatos, memorias y obras pías, y ver consignada en él por el señor ministro de la Gobernación, la proverbial piedad del pueblo español para dotar a su patria con largueza, de instituciones benéficas que hicieran imperecedero el testimonio de sus caritativos sentimientos, creímos que fundado en esa misma piedad iba a descargarse el Gobierno de toda intervención en el manejo de los caudales pertenecientes a las fundaciones, dejando a sus naturales administradores el cuidado y la responsabilidad de su gestión.

«Prescindiendo del estado precario a que se han visto reducidas estas fundaciones, no ciertamente por gobiernos liberales; sino en épocas tan poco sospechosas en fanatismo religioso como el reinado de Carlos IV, estado que no es posible mejorar por la depredación en que cayeron los valores que se dieron en compensación, creíamos que el señor ministro de la Gobernación trataba de aliviar a las administraciones de los patronatos de la mano centralizadora del Gobierno que ha pesado sobre ellas durante tanto tiempo.

«Pero en vez de esto, ¿cuál es la tendencia y los efectos del decreto? En primer lugar nótase el deseo de centralizar la beneficencia privada, arreglándola, amoldándola al criterio del Gobierno, como sino estuviera evidentemente probado que, la caridad ejercida por el Estado pierde todos sus mas hermosos atributos. ¿Quién le mete ahora al Gobierno en tarea de averiguar si tal ó cual fundación es familiar, ó municipal, ó provincial, y en si la administración de los bienes pertenecientes a los patronatos familiares corresponde a esta ó a la otra persona? Déjese a los particulares y corporaciones el cuidado de hacer valer sus derechos ante los tribunales. Todas las diligencias y el interés de un Gobierno, por muy justo, imparcial y piadoso que quiera suponersele, no equivaldrá a la milésima parte de actividad y celo de los que tienen participación en los bienes de las fundaciones piadosas.

«Si alguna reforma necesitan, no es ciertamente la de que el Gobierno las proteja, pues bastante protegidas han estado, y ya se ha visto el resultado de tanta protección: lo que hace falta es que se obligue a dar publicidad a todos los actos de administración que corren a cargo de las corporaciones ó particulares: que se deje espedita la acción a unas y otras para que acudan a los tribunales a deducir sus reclamaciones.

«No se nos oculta que uno de los móviles que han impulsado al ministro de la Gobernación a dar el decreto, es el apresurar la desamortización de los bienes raíces que constituyen esta clase de fundaciones; pero, ¿qué medio más sencillo podría haberse elegido que el de pedir a las corporaciones populares relación de las fincas pertenecientes a los patronatos, obras pías, y exigir después a los actuales patronos y administradores el cumplimiento de la ley en que se dispuso la desamortización?

«En cambio de esto, y con motivo de averiguar los bienes de aquellas fundaciones, se entregan a la dirección de Beneficencia los valores que les corresponde, y se centraliza la administración en tales términos, que los establecimientos benéficos habrán de reclamar de la dirección los intereses de sus títulos para atender a las necesidades de los socorridos, no sin instruir antes sus obligados espeditos que causan miedo al español más valeroso.

«Se explica esto en visperas de una ley de descentralización administrativa, cuando se ha devuelto su autonomía a las corporaciones populares, y cuando en virtud de una de las prescripciones constitucionales, ningún ciudadano puede ser privado temporal ó perpétuamente de sus bienes y derechos, sino en virtud de sentencia judicial?»

Estado sanitario de Madrid.—Ninguna novedad notable, respecto a los fenómenos atmosféricos y meteorológicos, ha ocurrido en los días que llevamos de mes. Siguen soplando los mismos vientos, con corta diferencia; continúa sintiéndose un intenso calor; el barómetro se halla a la misma altura poco más ó menos, y la atmósfera despejada, aunque no han escaseado las ráfagas, los celajes y las nubes.

No habiendo habido notables cambios atmosféricos en los días que llevamos de Agosto, tampoco llegó a haberlos en las enfermedades reinantes, que fueron escasas en número, así en la población como en el Hospital general. Ocupan el primer lugar entre las enfermedades reinantes, las calenturas gástricas, remitentes y continuas, las intermitentes tercianas y erráticas, los reumatismos fibrosos, las flegmasías del tubo digestivo y de la matriz, las oftalmías, las erisipelas, las diarreas y disenterías, los cólicos biliosos y alguno que otro nervioso, las erupciones variolosas y forunculosas, y varias especies de neuroses. Las defunciones fueron bastante escasas, y puede asegurarse que la salud pública en la actualidad es inmejorable.

Una pregunta al Gobierno.—En vista de la completa anarquía, del desbarajuste, del caos, que en la provincia de Zamora reina, en todo lo relativo a Sanidad interior y ejercicio profesional, pregunta un profesor al Gobierno: ¿cuál es, en estos particulares, la legislación vigente? ¿Qué criterio tiene adoptado el Gobernador de dicha provincia?... Hágase público, y sabremos a qué atenernos. En unos pueblos, despreciando las órdenes de dicho Sr. Gobernador, se han despachado a su gusto los municipios, despidiendo a los profesores titulares y acomodándose, de cualquier modo, con los practicantes, ministrantes, barberos, intrusos, licenciados del ejército, y también de presidio, que ningún título ni garantía ofrecen ni pueden ofrecer para la pública salud: por esta causa, pueblos en donde antes, si no con holgura, al menos podían pasar su vida algunos cirujanos, se ven ocupados por esas gentes, como sucede en Cubo del vino, Mayalde, Peñausende, Tamame, Villanueva y Casasaca de Campean, San Marcial, Peleas de Abajo, Jambrina y otros muchos que se pudieran enumerar, pudiendo asegurarse que para cada 50 ó 60 pueblos solo hay colocado un verdadero profesor. Para otros pueblos se mantiene vigente por el Sr. Gobernador, ó mejor dicho, por el oficial del negociado de Sanidad, el Reglamento de 11 de Marzo del 68; y otros muchos pueblos hay que, ya por si mismos, ya agregándose a otros, pudieran sostener un profesor, se pasan sin él, y cuando llega una declaración de soldado, una causa criminal, una autopsia, se valen del barbero más próximo; cuyos fallos son respetados por las autoridades municipales, provinciales, judiciales, administrativas y gubernativas, cual si procediesen de la Academia de Medicina y Cirujía de Madrid. En vista de tal desconcierto, vuelve a preguntar: ¿Cuál es la legislación vigente, Sr. Gobernador? ¿Está V. S. ó no, obligado a cumplir y hacer cumplir las leyes?...

CONVICCIONES. Entre las cinco ó seis solicitudes presentadas a la plaza de titular de Fuentesauco, provincia de Zamora, ha habido una que expresaba terminantemente que se solicitaba «siempre que no se le obligue a jurar la Constitución últimamente promulgada», en cuyo caso, no solo desistiría de su pretensión, sino de la plaza si ya se le hubiese conferido. Es de advertir, que dicha colocación, aunque de mucho trabajo, es de las más productivas de la nación. Dicha solicitud ha sido retirada por el interesado, tanto por las influencias caciquiles que ha visto se han puesto en juego en favor de alguno de los solicitantes, cuanto por haber sabido se había prevenido el ánimo del Sr. Gobernador para que en caso de ser agraciado, puesto que era el mas meritorio de los pretendientes, no se aprobase su nombramiento por dicho señor.

Ejemplo de dignidad profesional.—Un alumno de la Facultad de Medicina establecida en Cádiz nos ha dado conocimiento de un rasgo que honra muchísimo al digno catedrático de aquella escuela, Dr. D. Francisco de Paula,

Medina, y ofrece un buen ejemplo de delicadeza que quisiéramos ver generalmente imitado. Terminado el anterior curso, y hecho ya el examen de los alumnos de la clase de patología quirúrgica que desempeña, le rogaron estos que aceptase como muestra de gratitud un pequeño objeto de plata de algún trabajo artístico; pero lo rehusó de la manera más terminante, rogándoles lo sustituyeran con cualquier otro objeto privado de todo valor intrínseco. En vista de tan delicada negativa, aquellos jóvenes escolares tuvieron el buen acuerdo de reducir la manifestación de su afecto á una bonita litografía alegórica de Galeno, que lleva la siguiente inscripción: «Universidad literaria de Sevilla. Facultad de Medicina en Cádiz. Al Sr. Dr. D. Francisco de Paula Medina, dignísimo catedrático de patología quirúrgica, en prueba indeleble de cariño y profundo respecto, los alumnos del curso escolástico de 1868 á 1869.»—La litografía y la orla son de tinta azul, y el marco de madera barnizada. —Este hecho, que tanto contrasta con otros opuestos muy repetidos, no ha menester en carecimiento ni comentarios. Así se hacen querer y respetar de los alumnos los buenos catedráticos.

Socorro para un desgraciado.—Constándonos positivamente la verdadera indigencia de un profesor de medicina, anciano y privado de la vista, escitamos á su favor la compasión de nuestros lectores.

Los socorros se reciben calle de Toledo, número 28, botica de D. Cándido Pérez.

Buena memoria.—Hemos recibido un ejemplar del *Análisis de las fuentes de Santa Catalina y Guadalupe de Gran Canarias* que acaban de publicar en París, y en francés, los doctores Mehu y Lasegne.

Merece consultarse este digno trabajo, pues que según sus autores, las referidas aguas son muy eficaces para curar las afecciones pulmonares y las de las vías digestivas, á lo que contribuirá mucho el excelente clima en que están situadas.

Subsidio.—Cree uno de nuestros colegas que es muy buena ocasión la presente, tratando el Gobierno de reformar la contribución de subsidio, para alcanzar que se descarten las profesiones de los gremios industriales, sustituyéndose el subsidio por una especie de patente. —Párecenos que en mostrar este laudable deseo hay poca escasa candidez. Fuera muy bueno esto, muy conveniente; pero no se acomoda al espíritu moderno, ni á las necesidades presentes. «Ilusiones engañosas, livianas como el placer!»

Nueva industria.—Con razón se ha dicho siempre en nuestra tierra que más inventa un hambriento, que cien letrados: véase la siguiente prueba que nos suministró poco hace la *Independencia Belga*.

Según este periódico, un médico se ha propuesto organizar una serie de *viajes de salud*, para pasear á los enfermos al través de Europa. Cada viaje, verificado bajo una dirección diferente, se aplicará á enfermedades diversas. La primera expedición, que partirá el 15 de Julio, será para los anémicos y los dispepsicos, é irá á Suiza. Después se hará la expedición de las personas obesas, y de los enfermos de corazón y de los riñones. Esta se dirigirá á Italia. El invierno se dedicará á los viajes de las enfermedades del pecho. Cada viajero ó viajera llevará un equipaje reglamentario.

Rectificación.—Hemos recibido una carta de Zarauz, suscrita por D. Miguel de Pons, en que se asegura que su padre D. Domingo de Pons, Director especial de Sanidad del puerto de Barcelona, es doctor en medicina hace mas de 40 años, cuyo hecho deja desmentido lo que en la Crónica de nuestro anterior número se dijo tomándolo de otro periódico médico. Ya mostramos sorpresa y duda por el hecho que se denunciaba en la línea que precede al párrafo transcrito. Gustosos hacemos esta rectificación.

Adhesiones.—El colegio médico de Sevilla, deseando cooperar al pensamiento de *Asamblea médico-farmacéutica* que deberá celebrarse en Octubre, ha escitado á los subdelegados de Sanidad de la provincia para que promuevan reuniones dirigidas al mismo objeto. —También sabemos que en otras provincias trabajan los subdelegados con el propio laudable fin, cosa que celebramos muy de veras. ¡Quiera Dios que todo esto alcance á sacar á la clase médica del adormecimiento en que ha caído!

VACANTES.

La de médico-cirujano titular de Beneficencia de Estremera, provincia de Madrid; dotada con 400 escudos anuales por la asistencia de 450 familias pobres. Además puede contar el facultativo con 800 escudos anuales de las iguales de los 550 vecinos pudientes, si solo se encarga de la asistencia de medicina y cirugía; y con 1.200 escudos de iguales si se encarga también de la cirugía menor. En ambos casos las iguales serán cobradas por un cobrador retribuido por los contribuyentes. El pago de todo por trimestres vencidos. Quedan también a favor del profesor los ramos de partos y enfermedades venereas, calculándose el primero en 100 escudos anuales, al tipo de 20 rs. por cada uno de los que asista. Las solicitudes documentadas al presidente del ayuntamiento en término de 20 días. — Estremera y Agosto 2 de 1869. — El alcalde 1.º, José Fernandez. (204)

—La de médico-cirujano del pueblo de Sarrion, provincia de Teruel, partido de Mora, por renuncia y traslación á San Miguel á otro partido, del que la está desempeñando. Su dotación consiste en 12.000 rs. por asistencia de los vecinos asociados en número de 460, pagados por la Junta, por trimestres vencidos. Las solicitudes se dirijan al Sr. Presidente hasta el 24 de Agosto próximo, en que se proveerá. —Sarrion 28 de Julio de 1869. —El presidente, Manuel Aparicio Ramirez. (P. P.)

—Por dimisión del que la obtenia en traslación al pueblo de su domicilio, se halla vacante la plaza de cirujano romancista, de Ventosa de la Cuesta, dotada con 50 escudos por 16 familias pobres, y 590 escudos pagados por los demás vecinos pudientes en repartimiento vecinal hecho por el ayuntamiento, y cobrado por el facultativo por semestres; consta esta población de 125 vecinos, dista de Valladolid cinco leguas, y á la estación de Matapozuelos en la línea férrea, un cuartito de legua; los señores profesores que aspiren á obtenerla podrán hacerlo en el término de 30 dias contados desde la inserción de este anuncio en EL SIGLO MÉDICO, remitiendo á esta alcaldía sus solicitudes y relaciones de mérito, con la fecha de el en que se les espidió el correspondiente título, admitiéndoles cualquiera proposición que fuese ventajosa á este ayuntamiento, siéndoles abonable además un escudo por cada parto si les fuese avisado, y golpes de mano airada. —Ventosa de la Cuesta Julio 28 de 1869. —E. A. P., —Ramon Cantalapiedra. —Mateo Megia, secretario. (P. P.)

ANUNCIOS.

ELEMENTOS DE MEDICINA PRÁCTICA,
CON EL TRATAMIENTO HOMEOPÁTICO DE CADA ENFERMEDAD,
por el Dr. P. Jousset;

traducción hecha por el Dr. D. PEDRO RINO Y HURTADO.

Formará un solo volumen grueso, y su coste en todos los puntos de España, encuadrado á la rústica, será el de 50 rs.

Para adquirirlo, se dirijan los pedidos á D. Pedro Rino y Hurtado, calle Arco de San Agustín núm. 5, primer piso, en Barcelona; ó á don Cesáreo Martín Somohinos, Infantón 26, farmacia, Madrid: D. Nicomedes Navarrete del comercio, en Badajoz; y D. Pedro Gonzalez Balbuena, Calle nueva, núm. 9, en Cádiz.

NUEVA DOCTRINA

ACERCA DEL TÉTANOS Y SU CURACION,

POR EL DOCTOR

D. EZEQUIEL MARTIN DE PEDRO.

Véndese á 4 rs. en las librerías de Bailly-Bailliere, Duran y Gaspar y Roig. (P. P.)

TRATADO

DE TERAPÉUTICA Y DE MATERIA MÉDICA

por A. Trousseau y H. Pidoux,

traducido de la octava y última edición francesa;

POR

D. MATIAS NIETO SERRANO.

Esta nueva edición, muy aumentada y enriquecida con todas las adquisiciones que ha hecho la ciencia en los últimos años, arreglada en sus fórmulas y preparaciones medicinales á la edición que acaba de publicarse de la farmacopea francesa; refundida en algunos artículos de los más importantes y adicionada en casi todos, constará de dos tomos gruesos de cerca de mil páginas cada uno, y de impresión más esmerada y mejor papel que las ediciones anteriores.

Precio, 80 rs. en Madrid y 90 en provincias.

Se ha publicado el tomo 1.º y la primera parte del 2.º.—Para recibir la parte publicada se anticipa el importe del resto.

Siendo muy voluminoso el segundo tomo de esta obra, y haciendo poco que se ha publicado en Francia, no podrá completarse antes de Octubre próximo.

Los que se suscriban en provincias durante la publicación, recibirán la obra franca de porte por el correo, sin abonar más que los 80 rs. que cuesta en Madrid, con tal que la pidan directamente al traductor, señor Nieto Serrano, plaza de San Miguel 8, pral., remitiendo en libranza su importe.

Imprenta de P. G. y ORGA.—Biombo 4: MADRID 1869